

Libros del Asteroide



Emma Reyes

Memoria por correspondencia

Prólogo de Leila Guerriero





Emma Reyes

Una mujer de recursos

Prólogo de Leila Guerriero



Publicado originalmente por Laguna Libros (Colombia) y Fundación Arte Vivo Otero Herrera, 2012

Los editores agradecen a las siguientes personas su contribución a la publicación de este libro: Gabriela Arciniegas, Gabriela Santa, Andrés Felipe Ortiz, Fundación Cultural Germán Arciniegas, Luisa Fernanda Herrera y Jacqueline Desarménien.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Gabriela Arciniegas, 2012

Negociado por Casanovas && Lynch Agencia Literaria, S.L.

© del prólogo, Leila Guerriero, 2015

© del artículo *¿Qué pasó con Emma Reyes?*, Diego Garzón, *Revista SoHo*

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-31-3

Depósito legal: B. 4.180-2015

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Prólogo

Leona pura, leona oscura

En los primeros minutos de la película coreana *Old Boy*, dirigida por Chan-wook Park, su protagonista, Oh Dae-su, es secuestrado, no se sabe por quién, y despierta poco después en una habitación sin ventanas en la que hay un baño, un lecho, un cuadro con una frase —«Ríe y el mundo entero reirá contigo, llora y llorarás solo»—, y un televisor en el que están pasando la noticia de que su esposa acaba de ser asesinada. Oh Dae-su no sabe cómo llegó allí, ni por qué, ni cuándo va a salir. El espectador tampoco. Las horas, los días, los meses de esa agonía claustrofóbica se suceden: una perversión —el secuestro— dentro de otra perversión: el tormento sin fin. Quince años después, aún sin saber por qué ha sido secuestrado, abandona ese cuarto convertido en una máquina de odio, en un asesino perfecto.

Así como Oh Dae-su aparece ante el espectador —un ser en padecimiento puro, sin nada que explique y que, por tanto, alivie ese padecimiento—, la colombiana Emma Reyes aparece ante los lectores en *Memoria por correspondencia*: como una niña de cinco años encerrada en una pieza de un barrio de Bogotá, a la que cada mañana llega una mujer misteriosa llamada María que, después de abrir la puerta y obligar a Emma a ir hasta un baldío para vaciar la bacinilla que ha usado durante la noche, vuelve a encerrarla bajo llave por el resto del día. Emma vive allí con su hermana mayor, Helena, y un niño llamado Eduardo, el Piojo. Los tres están siempre sucios, mal alimentados, y pasan el tiempo en ese cuarto sin ventanas, ni agua, ni luz eléctrica, del que no pueden salir salvo en contadas ocasiones. Reyes nunca dice quién es la señorita María, ni por qué ni desde cuándo les prodiga ese trato brutal. ¿Quién es el padre de Emma, quién es su madre, por qué está sometida a esa existencia aterradora? No hay respuesta. Ni a esas ni a otras preguntas. Porque, como si fuera un narrador experto, Emma Reyes parece saber que esos cabos sueltos subrayan el horror: un horror que vino no se sabe cómo ni por qué y que, por tanto —arbitrario, inexplicable—, puede extenderse al infinito. Pero, a diferencia de Oh Dae-su, cuando Emma Reyes sale de su encierro no está llena de odio sino de curiosidad: viaja por Latinoamérica, se casa con un escultor, gana una beca para estudiar en París con André Lothe, se muda a Europa, se hace pintora de fama, ayuda a todos los artistas plásticos colombianos que

aterrizan en el viejo continente, se casa con un médico y muere en Burdeos, en 2003, a los ochenta y cuatro años. Y, entre una cosa y la otra, le escribe a su amigo y compatriota Germán Arciniegas, ensayista, político e historiador, veintitrés cartas en las que le cuenta su infancia: las veintitrés cartas que forman este volumen, publicado originalmente en 2012 por la editorial colombiana Laguna Libros, que agotó varias ediciones en su país y al que la crítica puso por los cielos. Lo que nos lleva a pensar que a lo mejor aquella frase que colgaba en el cuarto de Oh Dae-su —«Ríe y el mundo entero reirá contigo, llora y llorarás solo»— era una frase muy veraz porque, a pesar de que Memoria por correspondencia es la historia de una desgracia, está lejos de ser un libro plañidero y parece, más bien, el libro de alguien con un altísimo sentido del humor. O, si se prefiere, de alguien que ha sabido pasar el sentido trágico de la vida por el tamiz adecuado —el de la literatura— para transformarlo en el regocijo trágico de la prosa. O algo así.

Emma Reyes nació en 1919 y, aunque escribió estas cartas a partir de 1969 (y hasta 1997), la historia que cuenta en ellas comenzó en la década del veinte y terminó en los años treinta. Conoció a Germán Arciniegas en París, en 1947, en un acto de la Unesco, y desde entonces se hicieron grandes amigos. Él la incentivó a que le contara, a través de cartas, aquella infancia de la que a ella le costaba tanto hablar (y de la que, por suerte, le costó un poco menos escribir). Emma Reyes se concentró en un período que comienza a sus cinco años en aquel cuarto de la capital colombiana, continúa con una mudanza a Guateque, otra a Fusagasugá, sigue con la vida en el convento de monjas al que ella y su hermana fueron a parar después de que María las abandonara definitivamente —y donde pasaron años sometidas a un maltrato inspiradísimo—, y termina con un desenlace taquicárdico (que recuerda al de la película Expreso de medianoche, cuando una ocasión inesperada —la muerte de un guardia— permite que el protagonista simplemente tome las llaves de la prisión de Estambul donde está detenido y salga por la puerta principal). A lo largo de todos esos años, Emma y su hermana fueron explotadas, golpeadas, despreciadas, insultadas por la mayor parte de los adultos que se cruzaron en su camino. Esta es, entonces, la historia de una desgracia. Pero de una desgracia contada con la más alta gracia que se pueda imaginar.

Aquí hay niños que, muy a la Dickens, padecen todo tipo de vejámenes. Niños que desconocen el significado de las palabras «papá» y «mamá» («[...] me dejaban al cuidado del chino patojo que se sentaba junto a mí a jugar con el trompo. Un día [...] me preguntó si yo tenía papá y mamá, yo le pregunté que qué era eso y me dijo que él tampoco sabía»), niños que son tratados con una brutalidad de fábula (María da a luz a un bebé al que no alimenta ni limpia, y al que abandona poco después de parido en un umbral, ante los gritos desesperados de Emma), niños que casi no comen, que casi no juegan (o que interpretan juegos de una sordidez desastrosa: meterse en un horno de ladrillos durante horas, esperando a que una gallina ponga un huevo), niños que, en fin, viven una infancia maldita. Pero, así y todo, Emma Reyes escribe libre de toda pena por sí misma, de toda actitud condenatoria, de cualquier forma de autocompasión. El truco reside, entre otras cosas, en lo que señaló el editor y periodista colombiano Camilo Jiménez, al reseñar este libro en su blog, [elojoenlapaja](#): «Su mayor virtud está en la precisión y cantidad de detalles, pero sobre todo en la mirada: la autora escribe cuando es adulta, pero quien habla en estas líneas es la niña que fue. Nunca levanta la mirada, nunca completa las sensaciones que describe con lo que sabe cuando escribe; ve siempre con los ojos del momento en que sucedieron las cosas». Así, por ejemplo, cuando recuerda los cuentos bíblicos que le contaban las monjas, Emma Reyes lo hace con la voz de la niña que fue, no con la de la adulta que ya sabe: «Otro día nos contó la historia de un niño que se llamaba Jesús, la mamá de ese niño también se llamaba María, eran muy pobres y habían viajado en burro, como nosotras cuando fuimos a Guatemala. Pero ese Niño Jesús tenía tres papás, uno que vivía con su mamá, que se llamaba José y que era carpintero; el otro papá era viejo con barbas y vivía en el cielo entre las nubes y ese papá sí era muy rico. La monja nos dijo que él era el dueño de todo el mundo, de todos los pajaritos, de todos los árboles, de todos los ríos, de todas las flores, de las montañas, de las estrellas, todo era de él. El tercer papá se llamaba Espíritu Santo y no era un hombre sino una paloma que volaba todo el tiempo. Pero como la mamá vivía solo con el papá pobre, no tenían ni casa en qué vivir y cuando nació el Niño Jesús tuvo que ir a nacer a la casa de un burro y de una vaca. Pero el papá viejo, rico, que vivía en el cielo, mandó una estrella donde unos amigos de él, que también eran muy ricos y que se llamaban Reyes como nosotras, esos señores vinieron a visitar al Niño Jesús a la casa de la vaca y el burro y le trajeron tantos

regalos y oro y joyas y entonces ya no fue más pobre sino rico. Yo le pedí que nos llevara a donde estaba ese niño; dijo que el Niño ya no estaba en la tierra, que se había ido a vivir con su papá rico que estaba entre las nubes, pero que si éramos buenas y obedientes lo veríamos en el cielo. Nosotras pasábamos horas mirando al cielo para ver si lo veíamos».

Emma Reyes es aterradora (cuando cuenta cómo el bebé de María vive untado en mierda y está pálido, casi transparente, porque no lo sacan nunca a la luz del sol), desopilante (cuando dice que, al perderse en el pueblo en el que María administra una tienda de chocolates, unos vecinos le preguntan, para ayudarla, «¿Quién es tu mamá?», y ella responde: «La agencia de chocolate»), explícita («Yo nunca la había visto [a María] tan furiosa, nos agarró del brazo y nos tiró al piso, se quitó una de las botas y empezó a pegarnos por la cabeza, por la cara, por donde caía. / —Lambonas, lambonas, lambonas... —Era la única palabra que se salía de su boca. / Cuando se cansó de darnos con la bota, nos agarró de las trenzas y empezó a darnos golpes contra la pared con la cabeza, la sangre nos escurría por las piernas y los brazos»), irónica («El [cura] guapo era de un pueblo que se llamaba España y esos señores de España fueron los que nos trajeron a Dios, a María y todos los santos que teníamos en la capilla»), y termina sus cartas con unos remates perfectos, unos desplantes de reina, como si de pronto decidiera sacudirse de los hombros, con elegancia desdeñosa, algo que la estaba incomodando: «Sentimos de nuevo el ruido de las llaves y de las cadenas; cuando la puerta se abrió entró un rayo de sol en el salón, en el piso se veía la sombra de las dos monjas que se alejaban. La puerta se cerró detrás de ellas y a nosotras nos separó del mundo por casi quince años. Un abrazote para todos. Emma. París, enero de 1970». ¿De dónde le llegaron esos dones, a ella, que aprendió a leer y escribir siendo adolescente, que nunca mostró interés por la lectura? Quizá de donde vino todo lo demás: de donde vino la vocación de pintora cuando, después de una infancia como la que tuvo, hubiera sido más razonable esperar una vocación de asesina.

En una de las primeras cartas que le escribió a Arciniegas, Emma Reyes recordaba que el cuarto miserable en el que vivía en Bogotá estaba cerca de una fábrica de cerveza cuyo nombre era Leona pura, leona oscura. Esa frase parece una definición, inmejorable, de lo que ella fue.

LEILA GUERRIERO

Memoria por correspondencia

Carta número 1

Mi querido Germán:

Hoy a las doce del día partió del Elysée el general De Gaulle, llevando como único equipaje once millones novecientos cuarenta y tres mil doscientos treinta y tres *noes* lanzados por los once millones novecientos cuarenta y tres mil doscientos treinta y tres franceses que lo han repudiado.

Todavía las fricciones de la emoción que nos produjo la noticia curiosamente me trajo a la mente el recuerdo más lejano que guardo de mi infancia.

La casa en que vivíamos se componía de una sola y única pieza muy pequeña, sin ventanas y con una única puerta que daba a la calle. Esa pieza estaba situada en la Carrera Séptima de un barrio popular que se llama San Cristóbal en Bogotá. Enfrente a la casa pasaba el tranvía que paraba unos metros más adelante en una fábrica de cerveza que se llamaba Leona Pura y Leona Oscura. En esa pieza vivíamos mi hermana Helena, un niño que nunca supe su nombre, que lo llamábamos «Piojo», una señora que solo recuerdo como una enorme mata de pelo negro que la cubría completamente y que cuando lo llevaba suelto yo daba gritos de miedo y me escondía debajo de la única cama.

Nuestra vida se pasaba en la calle; todas las mañanas yo tenía que ir al muladar que estaba detrás de la fábrica para vaciar la bacinilla que habíamos usado todos durante la noche; era una enorme bacinilla blanca esmaltada pero del esmalte ya quedaba muy poco. No había día que la bacinilla no estuviera llena hasta el tope y los olores que salían de esa bacinilla eran tan nauseabundos que muchas veces yo vomitaba encima. En nuestra pieza no había ni luz eléctrica ni inodoro; nuestro único inodoro era esa bacinilla, ahí hacíamos lo chico y lo grande, lo líquido y lo sólido. Los viajes de la pieza al muladar con la bacinilla desbordante eran los momentos más amargos del día. Tenía que caminar casi sin respirar, con los ojos fijos sobre la caca, siguiendo su ritmo poseída del terror de derramarla antes de llegar, lo que me traía castigos terribles; la apretaba fuertemente con las dos manos como si llevara un objeto precioso. El peso también era enorme, superior a mis fuerzas. Como mi hermana era más grande, tenía

que ir a la pila a traer el agua que necesitábamos para todo el día y el Piojo iba por el carbón y sacaba la ceniza, así que nunca me podían ayudar a llevar la bacinilla, porque ellos iban en otra dirección. Una vez que había vaciado la bacinilla en el muladar, venía el momento más feliz del día. Allí pasaban el día todos los chicos del barrio, jugaban, gritaban, rodaban por una montaña de greda, se insultaban, se peleaban, se revolcaban entre los charcos de barro y con las manos escarbaban toda la basura a la búsqueda de lo que llamábamos tesoros: latas de conservas para hacer música, zapatos viejos, pedazos de alambre, de caucho, palos, vestidos viejos; todo nos interesaba, era nuestra sala de juegos. Yo no podía jugar mucho porque era la más chiquita y los grandes no me querían; mi único amigo era el Cojo, a pesar de que también era más grande. El Cojo había perdido completamente un pie, se lo había cortado el tranvía un día que jugaba a poner las tapas de la cerveza Leona sobre los rieles del tranvía para que se las dejara planas como monedas. Él, como todos los otros, andaba sin zapatos y ayudándose con un palo y su único pie daba unos saltos extraordinarios; no había quien lo alcanzara cuando se ponía a correr.

El Cojo siempre me estaba esperando a la entrada del muladar, yo desocupaba la bacinilla, la limpiaba rápidamente con hierbas o papeles viejos, la escondía en un hueco, siempre el mismo, detrás de un eucalipto. Un día el Cojo no quería jugar porque tenía dolor de estómago y nos sentamos abajo del rodadero a mirar jugar a los otros. La greda estaba mojada y yo me puse a hacer un muñequito de greda. El Cojo tenía siempre el mismo y único pantalón, tres veces más grande que él y amarrado a la cintura con un lazo. En los bolsillos de ese pantalón escondía todo: piedras, trompos, cuerdas, bolas de cristal y un pedazo de cuchillo sin mango. Cuando yo terminé el muñeco de barro, él lo tomó, sacó su medio cuchillo y con la punta le hizo dos huecos en la cabeza que eran los ojos y otro más grande que era la boca. Pero cuando terminó me dijo:

—Ese muñeco es muy chiquito, vamos a hacerlo más grande.

Y lo hicimos más grande, siempre agregándole barro al chico.

Al día siguiente volvimos y el muñeco estaba tirado donde lo habíamos dejado y el Cojo dijo:

—Vamos a hacerlo más grande. —Y volvieron los otros y dijeron:

—Vamos a hacerlo más grande.

Alguno encontró una vieja tabla muy, muy grande y decidimos que haríamos crecer el muñeco hasta que fuera grande como la tabla y así, sobre

la tabla, lo podríamos transportar y hacer procesiones. Por varios días agregamos y agregamos barro al muñeco hasta que fue grande como la tabla. Entonces decidimos darle un nombre, decidimos llamarlo el General Rebollo. No sé cómo ni por qué elegimos ese nombre, en todo caso el General Rebollo se convirtió en nuestro Dios; lo vestíamos con todo lo que encontrábamos en el basurero, se acabaron las carreras, las guerras, los saltos. Todos nuestros juegos eran solo alrededor del General Rebollo; el General Rebollo era naturalmente el personaje central de todas nuestras invenciones. Por días y días solo vivimos alrededor de su tabla, a veces lo hacíamos pasar por bueno, otras por malo, la mayor parte del tiempo era como un ser mágico y lleno de poder; así pasaron muchos días y muchos domingos, que para mí eran los peores días de la semana. Todos los domingos, a partir del mediodía y hasta la noche, me dejaban sola, encerrada con llave en nuestra única pieza; no tenía más luz que la que entraba por las grietas y el grande hueco de la chapa y pasaba horas con el ojo pegado al hueco para ver lo que pasaba en la calle y para consolarme del miedo. Regularmente, cuando la señora del cabello largo regresaba con Helena y el Piojo, me encontraban ya dormida contra la puerta, rendida de tanto haber mirado por el hueco y de tanto soñar con el General Rebollo.

Después de habernos inspirado mil y un juegos, el General Rebollo empezó a dejar de ser nuestro héroe, nuestras pequeñísimas imaginaciones no encontraban más inspiración en su presencia y los candidatos a jugar con él disminuían día a día. El General Rebollo empezaba a pasar largas horas de soledad, las decoraciones que lo cubrían ya no las renovaba nadie. Hasta que un día el Cojo, que seguía siendo el más fiel, se subió sobre un viejo cajón, dio tres golpes con su bastón improvisado y con una voz aguda y cortada por la emoción gritó:

—¡¡¡El General Rebollo se murió!!!

En esos medios uno nace sabiendo lo que quiere decir hambre, frío y muerte. Con las cabezas agachadas y los ojos llenos de lágrimas, nos fuimos acercando lentamente al General Rebollo.

—¡De rodillas! —gritó de nuevo el Cojo.

Todos nos arrodillamos, el llanto nos ahogaba, ninguno se atrevía a decir ni una palabra. El hijo del carbonero, que era grande, estaba siempre sentado en una piedra leyendo hojas de periódicos que sacaba del basurero. Con el periódico en la mano se acercó al grupo y nos dijo:

—Chinos pendejos, si se les murió el General, pues entiérrenlo. —Y se fue.

Todos nos pusimos de pie y decidimos alzar la tabla con el General y enterrarlo en el basurero; pero todos nuestros esfuerzos fueron inútiles, no logramos ni mover la tabla. Resolvimos enterrarlo por pedazos, partimos cada pierna en tres pedazos, los brazos igualmente. El Cojo dijo que la cabeza había que enterrarla entera. Trajeron una vieja lata y depositamos la cabeza; entre cuatro, los más grandes, la transportaron primero. Todos desfilamos detrás, llorando como huérfanos. La misma ceremonia se repitió con cada uno de los pedazos de las piernas y de los brazos, quedaba solo el tronco, lo partimos en muchos pedacitos y nos pusimos a hacer muchas bolitas de barro y, cuando ya no quedaba nada del tronco del General Rebollo, decidimos jugar a la guerra con las bolas.

EMMA REYES

París, 28 de abril de 1969

Carta número 2

Mi querido Germán:

A pesar de tu discretísima carta, me doy cuenta que mueres de curiosidad por saber quién era la señora del cabello largo. La verdad es que los recuerdos son borrosos y, si a través de los años he logrado una cierta unidad de impresiones, ha sido ayudada por mi hermana que, siendo dos años mayor, recuerda un poco más.

La señora de cabello largo se llamaba María. Era muy joven, alta y delgada; nunca nos habló de su familia ni de su vida, nuestras relaciones con ella se limitaban a seguir sus órdenes sin protestar ni preguntar por qué. Era dura y muy severa.

La única persona que nos visitaba era la señora Secundina, que tenía una tienda en Santa Bárbara, era su única amiga y mucho más vieja que ella. Apenas llegaba Secundina, nos mandaban a jugar a la calle con la orden de no regresar hasta que ella no nos llamara. Nunca supimos de qué hablaban. Hacía muy poco que habíamos hecho el entierro del General Rebollo. Yo tenía todavía el mismo vestido sucio de barro, dormíamos siempre vestidas, ella solo se quitaba la larga falda negra y se soltaba el cabello. Una mañana nos despertó muy temprano, todavía era negro como la noche, nos mandó a los tres a desocupar la mica y a traer de regreso el balde y la jarra llenos de agua. Cuando regresamos prendió el reverbero y puso la olla grande llena de agua. Mientras se calentaba el agua ella cambió las sábanas de la cama y limpió los cuatro muebles que teníamos.

—Desvístanse que los voy a bañar.

Era la primera vez que nos bañaba al tiempo. Los tres desnudos nos paramos alrededor del platón, nos enjabonó muy rápidamente y luego uno a uno nos enjuagó, ayudándose con una totuma. El piso de la pieza quedó empantanado y lleno de jabón; antes de vestirnos nos puso a secar el piso. Nos vistió con los vestidos del domingo y nos hizo sentar a todos tres en el borde de la cama con la orden de no movernos. Entretanto ella se vestía también con el vestido de los domingos. Se peinó con gran cuidado, pidió a Helena que le tuviera el espejo y al Piojo que tuviera la vela y se ponía furiosa cada vez que alguno de los dos se movía. Cuando terminó, mandó al Piojo a que mirara en la fábrica qué hora era. Ese día no nos dio desayuno, estaba nerviosa, daba vueltas en la pieza como una bestia en jaula. Ya

estaba claro y no abrió la puerta como era su costumbre, seguíamos iluminándonos con la vela. De pronto dieron tres golpes suaves en la puerta, ella se echó la bendición y se precipitó para abrir. En ese momento apareció un señor muy alto y delgado que no estaba vestido como los del barrio, era como los que veíamos retratados en los periódicos que encontrábamos en el basurero. Tenía sobretodo, sombrero y paraguas todo oscuro, tal vez negro. Se pasó la mano por los ojos como por habituarse a la luz de la vela, entró como escurriéndose por la puerta, le dio un beso en la mejilla, nosotros nos reímos los tres al mismo tiempo. Era la primera vez que un señor entraba en nuestra pieza.

La señora María cerró de nuevo la puerta con llave, tomó la botella con la vela y se aproximó a la cama donde seguíamos sentados y como paralizados, él la siguió con una cara muy seria, ella acercó la vela a la cara del Piojo y le dijo:

—Este es Eduardo, el tuyo.

Él le dio una palmadita en la mejilla.

Luego le mostró a Helena y luego a mí. No hubo comentarios, se produjo un silencio profundo. El señor se desabotonó el sobretodo y el saco y con la punta de los dedos sacó unas monedas del bolsillo del chaleco, le dio tres a Eduardo y una a cada una de nosotras.

—Den las gracias —dijo la señora María— y ahora vayan a jugar afuera, pero quédense junto a la puerta y si ven venir la vecina digan que yo estoy durmiendo.

Cuando salimos, sentimos que cerraba la puerta con llave. El señor estuvo mucho tiempo. Finalmente se abrió la puerta, la señora María sacó la cabeza y se aseguró que no había gente que estuviera mirando, se volteó y le dijo:

—Ya...

El señor salió de nuevo, escurriéndose como había entrado, pasó junto a nosotros sin mirarnos, como si nunca nos hubiera visto. Lo vimos alejarse a grandes zancadas y frotándose contra la pared como si tuviera miedo de ser visto.

Cuando entramos a la pieza, la señora María estaba llorando, se puso a desocupar el armario y a separar todo lo que era de Eduardo. Sacó una caja de cartón de debajo de la cama y empacó cuidadosamente todo lo que había separado.

—Helena y Emma, pónganse los vestidos viejos. Eduardo no, porque se va conmigo.

Como seguía llorando, nosotros también nos pusimos a llorar; cuando Helena me estaba desvistiendo vimos sobre la mesa un paquete de billetes y me dio miedo, sentí que algo iba a pasar, nosotros solo teníamos monedas; en esa casa nunca habíamos visto billetes. Ella no decía ni una palabra. Sacó la caja de la mantilla y se la envolvió bien ceñida a la cabeza, por la primera vez vi que se parecía a la Virgen de la iglesia.

—No se muevan, voy donde la vecina.

Volvió con la vecina que era la mamá del Cojo, le mostró dónde estaban los platos y las velas. Tomó la caja de cartón con la ropa del Piojo, se paró frente a nosotras y nos dijo que se iba por varios días, pero que la vecina vendría para hacernos la comida y que, como no había nadie para cuidarnos, nos dejaría encerradas con llave.

—Pórtense bien —nos repitió dos veces; empujó al Piojo contra la puerta, le puso una boina de marinero en la cabeza y le ordenó salir. El Piojo nos miró con los ojos grandes abiertos y le cayeron las lágrimas.

Fueron muchos los días que duramos encerradas en esa pieza, ya no teníamos noción ni de los días ni de las noches; la bacinilla ya estaba llena de nuestros excrementos y empezamos a emplear el platón. La vecina venía una sola vez al día y nos dejaba una grande olla de mazamorra.

—No se la coman toda al mismo tiempo porque yo no vengo sino hasta mañana y apaguen la vela apenas coman.

Llorábamos y gritábamos tanto, que los vecinos venían contra la puerta a consolarnos; por horas mirábamos por entre la chapa y las rendijas para ver si ella venía. Finalmente llegó un día que estábamos dormidas en el piso contra la puerta y fue la primera vez que las dos nos tiramos a su cuello abrazándola y besándola de felicidad. Ella se puso a llorar y con dulzura nos retiró los brazos de su cuello y guardando nuestras dos manos en las suyas nos dijo:

—El Piojo no vuelve más. Su papá, ese señor que vino aquí, es un gran político, tal vez va a ser el Presidente de la República... Y por eso él no quiso que su hijo se quede conmigo, dice que tiene miedo y que prefiere ser él quien se ocupe de él; yo se lo llevé a Tunja y lo dejé en un convento donde él ya había arreglado todo para que lo recibieran.

Sin el Piojo yo me sentía perdida, lloraba, gritaba, lo llamaba, yo no sabía lo que quería decir lejos de Bogotá. Yo creía que si gritaba fuerte él me iba

a oír. La señora María también parecía muy triste, se volvió más callada y más dura. Creo que fue en ese momento que nació entre Helena y yo una especie de pacto secreto y profundo; un sentimiento inconsciente de que éramos solas y que solo nos pertenecíamos la una a la otra. En ese momento yo ignoraba que nunca más en mi vida volvería ni a verlo ni a saber cuál fue el destino de Eduardo y que solo me quedaría de él el recuerdo de sus inmensos ojos negros llenos de lágrimas debajo de una ridícula boina de marinero.

EMMA REYES

París, 9 de mayo de 1969

Carta número 3

Mi querido Germán:

Como te decía en mi carta anterior, después de la ida de Eduardo, la señora María se volvió más indiferente y más dura con nosotras; apenas nos hablaba lo estrictamente necesario y empezó a salir casi todos los días a la calle. Nos levantaba temprano, nos daba el desayuno, yo tenía que ir corriendo a desocupar la mica en el muladar y Helena reemplazaba a Eduardo en la traída del agua; a veces yo la ayudaba, pero la jarra y el balde eran muy pesados para mí y derramaba la mitad del agua. Como de costumbre, la señora María nos dejaba encerradas en la pieza todo el tiempo que estaba fuera y a veces solo regresaba a la noche sin preocuparse que nosotras estuviéramos sin comer.

Un día regresó muy, muy tarde; nosotras estábamos llorando de hambre, venía cargada de paquetes y por la primera vez nos trajo unos roscones y bocadillos de guayaba. Nos preparó la comida e improvisadamente se puso a reír, reír como loca; las lágrimas le caían a chorros, nosotras estábamos asustadas y no sabíamos si reír con ella o llorar; cuando logró calmarse un poco nos dijo dando un golpe con la mano en la mesa:

—Nos vamos de este miserable cuarto, mañana empezamos a hacer los paquetes, vamos a un pueblo lejos y tendremos una grande casa.

Se puso a reír de nuevo y nos ordenó acostarnos pues teníamos que levantarnos temprano.

Por varios días la pieza era un infierno, nada estaba en su sitio habitual, el armario estaba vacío y ella hacía pilas de cosas diversas en todos los rincones. Una mañana salió y compró tres grandes baúles y empezó a empacar la ropa y los platos. Cada plato lo envolvía muy cuidadosamente entre las sábanas y las toallas; en el último baúl empacó las cacerolas, el platón, la jarra y la mica. A la noche en la pieza solo quedaban los muebles, el colchón sin sábanas ni cobijas y varios paquetes en el suelo con cosas viejas. Después de la comida vinieron los vecinos y cada uno tomó lo que quería. La mamá del Cojo tomó la vieja escoba, la cama se la vendió a un obrero de la fábrica de cerveza. Cuando todos se fueron, en la pieza solo quedaban los tres baúles cerrados en el centro de la pieza y en el suelo el viejo colchón. La mamá del Cojo regresó de nuevo y nos trajo una cobija de ella y una mica.

Cuando nos levantamos todavía estaba oscuro, nos vestimos con los vestidos de domingo que eran los únicos que había dejado fuera, nos mandó donde la vecina para que le devolviéramos la cobija y la mica y también le llevamos la ropa sucia que nos habíamos quitado el día anterior. Cuando regresamos nos esperaba en la puerta; ya se había puesto la mantilla y tenía un grande carriel nuevo, nos encerró en la pieza con los tres baúles y nos dijo que no se demoraba. De pronto sentimos un ruido de caballo, miramos por el hueco de la chapa y vimos a la señora María que bajaba de un coche que había pasado enfrente a la puerta. Los vecinos se precipitaron, entre todos ayudaron a subir los baúles al coche, a mí me sentaron sobre los baúles y Helena estaba de pie teniéndome para que no me cayera.

La señora María, saludaba a todos dándoles la mano; en ese momento apareció el Cojo que venía corriendo. Se acercó al coche y me regaló media naranja que llevaba en la mano, nos miraba con ojos muy tristes. La señora María cerró la puerta con llave y le dio la llave a la vecina, recomendándole de cuidar la pieza.

Yo no vi lo que pasó, solo sentí unos gritos horribles; la señora María estaba tendida en medio de la acera con los ojos cerrados y le salía sangre de la boca, el cochero decía toda clase de palabras groseras. Helena dice que la señora María quiso pasar por delante del caballo para saludar al señor Cura y el caballo levantó la cabeza asustado y le dio un gran cabezazo en la quijada. Del susto ella se mordió la lengua y cayó como muerta en medio de la acera. Trajeron alcohol y pomadas y empezaron a frotarle la frente. Nosotras llorábamos como locas y la llamábamos tirándola de la manga. Finalmente abrió los ojos y poco a poco se fue sentando. Estaba blanca y la boca se le empezaba a hinchar, la ayudaron a levantarse y entramos todos a la casa de la mamá del Cojo. Le hicieron hacer buches con agua salada, el Cura dijo que lo mejor era friccionarle la cara con Mentholum. La vecina dijo que era mejor la vela de cera, nosotras seguíamos llorando y el cochero seguía furioso porque estaba perdiendo su tiempo. El obrero que nos había comprado la cama le envolvió un pañuelo que le tenía la quijada y le hizo un nudo en la cabeza. Entre todos la ayudaron a ponerse la mantilla y después de mil recomendaciones y saludos volvimos al coche. Todavía veo a lo lejos los vecinos en medio de la calle con los brazos en alto haciéndonos gestos de adiós. Yo perdí la media naranja que me había regalado el Cojo.

Carta número 4

Mi querido Germán:

Si es cierto que hay hechos en nuestra infancia que nos marcan para toda la vida, tendré que decir que ese coche famoso, que cortó para siempre nuestra vida de la pieza del barrio de San Cristóbal (patrón de viajeros), era el debut de una vida que tendría por signo y como escuela la inclemencia de los duros caminos de América y más tarde los fabulosos caminos de Europa.

El coche nos llevó a la Estación de la Sabana. Durante todo el viaje la señora María no dijo ni una palabra. Estaba tan pálida y tan triste que yo le pregunté si se iba a morir otra vez; con un gesto de la mano me dijo que no. Pasamos tantas calles grandes, casas con balcones, iglesias, yo no sabía adónde mirar, el susto de haber visto a la señora María estirada en la calle como el General Rebollo en el muladar me había dejado un dolor en el estómago y ganas de vomitar.

En la estación llamó a unos hombres que bajaron los baúles. Había mucha gente que corría en todas direcciones, todos cargados con maletas, sacos, mochilas; yo me agarré a la falda de la señora María y Helena me tomó de la otra mano. Dimos muchas vueltas; ella habló con muchas personas y a cada rato abría el carriel y daba dinero a cambio de unos papelitos que guardaba en el carriel. Finalmente montamos en el tren, ella se sentó contra la ventana, hizo sentar a Helena junto a ella y a mí me alzó sobre sus rodillas. Era la primera vez que me alzaba. Yo no sabía qué hacer, olía a tantos remedios tan feos y además tenía miedo de tocar su cara con mi cabeza. La gente seguía subiendo a empujones y llenos de paquetes. Entraron unos hombres gritando con tiples y una botella en la mano, empezaron a cantar y yo me quedé dormida antes de que el tren partiera.

Me despertaron cuando ya debíamos bajar, estaba ya oscuro cuando la señora María llamó a la puerta de una casa grande donde salió a recibarnos una señora muy gorda con la nariz roja y vestida toda de negro.

La señora nos llevó a una pieza muy grande que daba hacia un patio donde había muchas plantas que colgaban del techo como si estuvieran sembradas en el cielo. La dueña llamó a un muchacho patojo que tenía un trompo en la mano y le dijo de ir a la cocina y que avisara que había tres personas más para comer. La señora María se puso a hablar con la patrona y le contó lo que le había pasado con el caballo del coche al momento de

partir. La patrona le dijo que iba a llamar una curandera que había en el pueblo que curaba todo aplicando sapos calientes sobre la parte enferma. La señora María no quiso aceptar, entonces comimos y nos acostamos.

En ese pueblo, que no supe nunca cómo se llamaba, nos quedamos varios días; la señora María salía casi todos los días y tomó la costumbre de hacerse acompañar de Helena y a mí me dejaban al cuidado del chino patojo que se sentaba junto a mí a jugar con el trompo. Un día me lo puso a bailar sobre la mano y me dio tanto miedo que me puse a llorar; otro día me preguntó si yo tenía papá y mamá, yo le pregunté que qué era eso y me dijo que él tampoco sabía.

El último día la señora María salió sola muy temprano. Cuando volvió, venía cargada de paquetes, nos llamó al cuarto y nos hizo desvestir, nos había comprado vestidos nuevos. El de Helena era azul —que me gustaba más— y el mío era rosado; los dos con arandelitas de encajes y cintas; eran lindos. Cuando estuvimos vestidas nos hizo salir al patio. Al rato la vimos salir del cuarto y casi no la conocemos; era tan linda y parecía tan joven, había comprado un vestido gris con muchos preses y muchos botones y arandelas, botas negras también con muchos botones y un grandísimo sombrero gris con una especie de velo que anudaba con un lazo debajo del mentón; todos se aproximaron y la felicitaron, la patrona la tocaba por todos lados. Llamaron al patojo para que nos ayudara a llevar los paquetes. Caminamos muchas calles y llegamos a una especie de potrero que estaba lleno de caballos y otros animales miedosos que yo nunca había visto y Helena me dijo que esos animales eran los que hacían la leche que tomábamos con el café al desayuno. Había grupos y grupos de hombres que llamaban indios porque estaban vestidos diverso a los hombres de Bogotá. La señora María habló con varios, a todos les preguntaba por el señor Toribio.

Toribio era un indio mucho más grande que los otros, fuerte, casi gordo y con ojos tan chiquiticos que casi no se le veían. Toribio dijo que los caballos ya estaban listos, que había solo que esperar a los indios que habían ido por los baúles. Otro indio llegó con los caballos, todos eran grandes y había uno muy chiquito con orejas largas, Toribio dijo que se llamaba Burro.

Burro tenía dos asientos amarrados que colgaban uno de cada lado de su panza. Encima, con unos palos amarrados al espaldar de los asientos, había una especie de toldo con una sábana. Toribio dijo que era para que no nos

picara el sol. Nos alzaron y nos instalaron una de cada lado. Como Helena era más grande, el asiento de ella bajaba y el mío subía; Toribio dijo que había que amarrar de mi lado una mochila con piedras para que quedáramos iguales.

A la señora María la ayudaron a subir en un caballo que era gris como su vestido. Los indios amarraron los baúles en otros caballos que se llamaban mulas. Cuando todo estuvo listo, Toribio montó en un grande caballo de color del café con leche; un indio muy negro con la cara hinchada le puso un lazo a Burro y empezó a tirarlo para que caminara; poco a poco nos fuimos alejando del pueblo hasta que ya no veíamos más ni las casas ni la iglesia.

No recuerdo todo el viaje, porque dormí casi todo el tiempo y cuando me despertaba lloraba porque estaba cansada y tenía ampollas en las piernas, me dolía todo el cuerpo; el último día vomité muchas veces. Toribio era muy cariñoso, bajaba del caballo me alzaba y me hacía caminar un poco.

La última noche la pasamos casi en el mismo sitio, los caballos tenían barro hasta la panza y llovía todo el tiempo. A Guateque llegamos cuando casi era de noche, Toribio estaba furioso con los indios y con Burro porque caminaba muy despacio. En Guateque fuimos directamente a una grande casa de dos pisos que quedaba muy cerca de la plaza; en la plaza estaba la iglesia y una grande pila redonda con muchos chorros de agua que salían de la boca de unos muñecos que parecía que estuvieran vomitando.

Toribio bajó del caballo y fue a golpear pero nadie salió; esperamos un rato y al final salió una mujer de la casa del frente y dijo que tenía una carta para la señorita María; en el sobre estaba la llave.

Después del portón de la calle había un zaguán de piedritas blancas y un tras portón que daba directamente sobre un grande patio lleno de plantas y árboles. Los corredores eran anchos, con columnas de madera y las piezas tenían todas las puertas sobre el patio. Al frente, la casa tenía dos pisos, el resto era de un solo piso, en el segundo patio, que era de ladrillo, había dos grandes hornos para hacer pan, la cocina y otras piezas. Al solar se podía entrar por atrás, por una grande puerta; en el solar había todo para los caballos. Era grandísimo y también había árboles; un pomarroso, mangos y un guayabo.

Los indios descargaron los caballos y se fueron. Toribio entró con nosotras a la casa y empezó a abrir puertas y sacó unos asientos al corredor para que nos sentáramos y nos dijo que no entráramos a las piezas porque

estábamos acaloradas y las piezas estaban frías, pues hacía varios años que la casa estaba cerrada.

Toribio preguntó si él podía quedarse hasta que llegara el Doctor, la señora María le dijo de sentarse y empezó a preguntarle muchas cosas sobre el pueblo. En ese momento tiraron por sobre la tapia del patio un perrito blanco chiquito que se estrelló en la mitad del patio, tenía el estómago como un tambor y los ojos abiertos. Toribio dijo que no lo tocáramos porque se veía que había estado envenenado. Cuando estábamos todos alrededor del perrito, sentimos una voz de hombre muy ronca que preguntaba si las viajeras de la capital ya habían llegado. La señora María se precipitó para saludarlo, él la abrazó y le daba palmaditas en la espalda. Toribio se quitó el sombrero e inclinó la cabeza delante de él.

—¿Qué tal Toribio? ¿Atendió bien a la señorita y a las niñas? ¿Por qué carajos se demoraron tanto...?

—Sí, Doctor, metimos un día más por causa de Burro, como dicen las niñas; el páramo con las lluvias estaba jodido y ese burro siempre ha sido un carajo para andar en los malos caminos.

—Está bien, Toribio, vete al estanco y espérame allí. Y nada de hablar de las viajeras en el pueblo, te recomiendo...

—Sí, Doctor.

Cuando Toribio salió, Roberto se sentó en el borde del patio, se quitó la ruana, la puso en el piso y le dijo a la señora María de sentarse junto a él.

Era un lindo hombre, alto, delgado, tostado por el sol, con dientes muy lindos, pelo liso de indio, tenía botas altas de cuero con espuelas, vestido de paño, un pañuelo rabo de gallo amarrado al cuello, ruana blanca y un sombrero que la señora María dijo que se llamaba sombrero de corcho. Siempre llevaba una especie de látigo en la mano con el que se daba golpecitos en las botas cuando hablaba. Cuando la señora María se sentó junto a él, le dijo:

—Usted está muy linda, señorita.

Ella se rió y le dijo:

—Te voy a presentar a las niñas. Vengan, acérquense... Esta es la más grande y se llama Helena.

—Es muy linda —dijo él—. Qué bellos ojos. Ven, acércate, dame la mano. —Helena se acercó y él la sentó sobre sus rodillas—. ¿Y la otra cómo se llama?

—La otra es Emma, la nené, como la llama Helena. La pobre, encima de que es bastante feíta, fíjate que cada día se vuelve más bizca.

—No te preocupes, María, aquí está el doctor Vargas que es un amigo. Él le va a enderezar los ojos.

Yo me puse a llorar.

—¿Por qué lloras? —me preguntó Roberto.

—Porque usted dice que me va a hacer sacar los ojos. —Los dos se rieron.

—China pendeja, enderezar no quiere decir sacar.

A través de mis lágrimas yo volvía a ver el perrito muerto que había caído del cielo, me precipité sobre él, lo tomé a dos manos y con todas mis fuerzas lo tiré contra las rodillas de Roberto. Ese fue el principio y el fin de nuestras relaciones, nunca más lo volví a ver, pero su sombra quedó para siempre marcada en mi vida.

Jefe:

Tú no me haces correcciones y no sé ni siquiera si lo que escribo es comprensible. Hay momentos que me parece confuso y no sé si en conjunto se puede seguir la historia. Yo no dejo copia pues escribo directamente y ya no me acuerdo de lo que he escrito antes.

Besos para todos.

EMMA
París, 9/69

Carta número 5

Mi querido Germán:

Roberto B., que pertenecía a la alta sociedad de Guateque, era además uno de los hombres más ricos de Boyacá. Tenía grandes fincas con cultivos y negociaba en venta de caballos y vacas; estaba casado con una linda joven de Tunja, pero no habían tenido hijos. Cuando se casaron, se instalaron en la casa de Guateque, es decir, la misma donde llegamos nosotras. En esa casa vivieron varios años, mientras construyeron otra bellísima en una de sus fincas a la orilla del río Súnuba. Desde entonces la casa de Guateque se había quedado cerrada sin que nadie la volviera a habitar.

Roberto nunca salía ni viajaba con su mujer, ella solo salía con una criada para ir a la misa en un pueblito cerca al río.

Roberto era el íntimo amigo del papá de Eduardo; habían estudiado juntos en Europa. La señora María lo había conocido en la época en que tenía relaciones con él, cuando Eduardo estaba recién nacido y por puro azar se lo encontró de nuevo en Tunja, cuando viajó a esa ciudad para abandonar a Eduardo.

Fue él quien le propuso de ir a Guateque y le dio la carta de recomendación para el propietario de la fábrica de chocolate La Especial, para que le dieran a ella la agencia de Guateque.

La agencia del chocolate quedaba en la plaza, a un costado de la iglesia; en esa parte el andén era alto, de casi un metro sobre el nivel del piso de la plaza, de manera que uno estaba siempre como en un balcón, con el dominio total de toda la plaza. El local tenía dos puertas grandes, los estantes iban hasta el techo y el mostrador macizo era muy alto; yo nunca logré mirar por encima. Fuera del mostrador, contra los muros y entre las dos puertas, había unas grandes bancas o escaños donde se sentaban los visitantes. El local pertenecía a la casa de uno de los Montejos, que eran varios hermanos y señores muy importantes en el pueblo. Detrás del estante había un pequeñísimo espacio donde la señora María instaló una mesita para poder comer sin que la vieran de la calle. Había además una pequeña puerta que comunicaba con la casa de los Montejos para que pudieran ir a hacer pipí en el solar.

Al día siguiente de nuestra llegada, apareció de nuevo Toribio acompañado de una india muy joven que el doctor Roberto nos enviaba

para que nos hiciera de sirvienta. Se llamaba Betzabé; chiquita, de cuello muy corto, tan chata que solo se le veían los dos huecos de la nariz, lindos ojos pícaros, buenos dientes, pelo negro y liso peinado con dos trenzas muy tirantes, de alpargatas siempre muy blancas, con lazos negros, una grande falda de lana rústica muy ancha y debajo otras faldas de bayetilla roja. Venía con sombrero de paja y mantilla por debajo del sombrero. Era hija de uno de los campesinos que trabajaban en una de las fincas de Roberto. Ese mismo día la señora María salió con ella para hacer mercado e ir a pedir a los Monteños las llaves de la agencia.

A la semana ya estábamos organizadas como si hubiéramos vivido toda la vida en ese lugar.

Desde que llegamos a Guateque la señora María se hacía llamar señorita María. Para nosotras todo seguía igual, porque no la llamábamos de ninguna manera; solo decíamos sí, señora, o no, señora, y si ella no nos hablaba, nosotras permanecíamos mudas.

La señorita María decidió que Helena tenía que acompañarla todo el día en la agencia por si se le ofrecía algún mandado y para que subiera a los estantes a bajar las libras de chocolate; en cuanto a mí, la orden era que me quedara en la casa con Betzabé, pero con la puerta de la calle con llave; ella no quería que saliéramos ni que tratáramos los otros niños del pueblo de ninguna clase social. Ella tampoco nunca se relacionó con ninguna familia ni tuvo ninguna amiga. Betzabé hacía el almuerzo y a las doce le llevaba un portacomidas y en un canasto los platos y los cubiertos. Se quedaba hasta que ellas comían y volvía con los platos sucios. Entre tanto yo me quedaba encerrada con llave en la casa. Comparado con mi vida en la pieza de San Cristóbal en Bogotá, la casa de Guateque era verdaderamente el paraíso. Al principio me faltaban los amigos del muladar, pero fácilmente me acostumbré a vivir sola. Betzabé trabajaba todo el día en limpiar la casa y hacer la cocina; yo me paseaba por toda la casa que me parecía y que era en realidad enorme.

La señorita María compró gallinas y un marrano chiquitico que fue mi adoración, parece que lo besaba en la boca y me quedaba dormida con él en los brazos. Poco a poco empecé a aprender a subir a los árboles sin ir muy lejos y con una caña trataba de hacer caer las frutas; naturalmente me di mil porrazos y rasguñones, pero nunca nada grave. Las gallinas tomaron la costumbre de meterse entre los hornos del pan (que nosotras no empleábamos) para hacer los nidos y poner los huevos. Cuando yo veía

entrar una gallina al horno, me metía con ella también en el horno y me quedaba quieta por horas, esperando que pusiera el huevo para cogerlo y ponérmelo caliente contra las mejillas. Cuando ya estaba frío, corría y se lo llevaba a Betzabé. Me metía debajo de los árboles, construía ranchitos de paja, cogía flores, hablaba con mi marrano por horas, además él me seguía por toda la casa como un perro. A la mañana cuando me veía daba grandes chillidos de felicidad; una vez se llenó de piojos y lo tuvimos que pelar y sacarle uno a uno todos los piojos. Yo vivía tan sucia como el marrano, con los brazos, las piernas, la cara llenos de rasguños. Los sábados eran el gran día; ese día tenía que ir con Betzabé para lavar la ropa en el río. Salíamos muy temprano a la mañana. Betzabé se ponía en la cabeza el atado de la ropa y en un canasto llevaba la comida para las dos, yo llevaba el chorote para el chocolate. El camino era largo, a ratos Betzabé me alzaba para ir más rápido. El río Súnuba me parecía enorme, era el primero que veía en mi vida, a las orillas había cantidades de árboles, aguacates, guayabos, naranjos; siempre íbamos al mismo sitio donde el río hacía una curva y desde donde veíamos el puente. Apenas llegábamos, Betzabé jabonaba la ropa y la tendía sobre el pasto para despercudirla al sol, luego nos íbamos a recoger leña y a coger frutas; de regreso prendíamos el fuego y poníamos la olla con las papas y las mazorcas. Mientras se hacía la sopa, Betzabé juagaba la ropa, yo soplabla el fuego y cuidaba la olla. Cuando terminaba de extender la ropa, nos desvestíamos, ella se ponía un chingue, a mí me dejaba desnuda, me tomaba en los brazos y nos metíamos al río. ¡Qué felicidad! Yo hubiera querido que esos baños no terminaran nunca. Claro que cuando había tempestades y el río estaba crecido no podíamos bañarnos. Una vez fue terrible, estábamos almorzando, nos acabábamos de vestir y de un solo golpe el río subió varios metros; perdimos casi toda la ropa, lo único que Betzabé alcanzó a salvar fueron las sábanas. Con una rapidez increíble, me alzó y me subió sobre un árbol. Yo me agarraba con todas mis fuerzas y sentí que el agua con la fuerza que venía lo hacía temblar desde las raíces, ella corrió por entre el agua agarrándose a las ramas hasta llegar al puente y empezó a gritar; al rato vinieron una cantidad de indios que se amarraron por la cintura con unos lazos y todos unidos bajaron hasta el árbol donde yo estaba agrapada y me bajaron. Naturalmente perdimos la olla y toda la comida, regresamos temprano y muy agitadas. Betzabé lloraba porque creía que la señorita María la iba a

echar de la casa por haber dejado perder la ropa pero, al contrario, se rió enormemente de nuestra aventura y dijo que la ropa no importaba.

Los domingos también abrían la agencia, porque venía mucha gente de los campos y de los pueblos vecinos y compraban chocolate. Yo veía muy rara vez a Helena y la señorita María. Cuando salían temprano en la mañana yo estaba durmiendo y cuando volvían tarde en la noche yo ya estaba acostada. Ella había instalado su cuarto y una especie de salita en el frente de la casa, en el segundo piso, nosotras dormíamos en una pieza al fondo del patio y junto a nosotras en otra pieza chica dormía Betzabé. Al apartamento de la señorita María solo subíamos si ella nos llamaba y eso pasaba muy rara vez.

Al poco tiempo de nuestra llegada, la señorita María se enfermó, estuvo muy grave, el médico venía varias veces al día, a nosotras no nos dejaban subir a verla. Como la agencia estaba cerrada, Helena pasaba el día conmigo, pero ya no podíamos jugar juntas como antes; a ella no le gustaba el marrano, ni las gallinas, ni subir a los árboles. Por primera vez empezamos a pelearnos, pero si me veía en peligro o me caía, era siempre muy cariñosa conmigo. Por esa época empezaron a venir de Bogotá nuevas remesas de chocolate, venían los arrieros con las mulas cargadas y por dos o tres días dormían con todo y las mulas en nuestro solar; hacían grandes comidas y siempre nos mandaban un gran plato. A la noche tocaban tiple y cantaban y, a escondidas de la señorita María, nos hacían montar en las mulas y nos daban vueltas en el solar; esa era otra gran fiesta para nosotras.

Cuando la señorita María se levantó, estaba muy flaca y muy pálida, iba a la agencia solamente medio día y poco a poco la vida volvió como antes, es decir que yo volví a quedar completamente sola en la casa. Un domingo la señorita María regresó llorando a la casa y le dijo a Betzabé que el cura de la iglesia la había insultado en público porque era la única mujer que iba a la iglesia con sombrero, las otras llevaban o mantilla o rebozo, que era siempre de la capital que llegaban las malas cosas, los vicios y el pecado. La verdad, la señora María había abandonado para siempre la mantilla y ella misma se hacía sombreros muy extravagantes y ya no se vestía más de negro sino de colores claros. Muchos de esos vestidos y sombreros dice Helena que se los traía Roberto de Bogotá.

Otra vez volvió de nuevo furiosa, ya no lloraba, había decidido ponerse abiertamente en pelea contra el cura y el cura contra ella. El cura le había criticado su comportamiento escandaloso; a partir de las seis de la tarde en

la agencia se reunían todos los hombres solos de Guateque. El doctor Vargas, que todavía no se había casado, el ingeniero Camacho, el agente de las máquinas Singer, un abogado Murillo y otros que variaban según los días. Se sentaban en las bancas de la agencia y allí se ponían a discutir de política, de mujeres, a recitar poesías, a cantar, a criticar a los curas y a veces las risas eran tan fuertes que el cura, que vivía del otro lado de la plaza, decía que no podía dormir; esas reuniones duraban hasta las nueve y diez de la noche, hora absolutamente escandalosa para un pueblo como ese. Y el hecho de que al centro de esas reuniones estuviera ella como única mujer ponía al cura en candela y se propuso hacerle la guerra. Un día de una procesión en la plaza, el cura tuvo el valor de salir de la procesión, dar la zancada para subir el andén y entrar a la agencia del chocolate con la cruz en la mano y un balde de agua bendita que lo derramó todo en el piso, echando bendiciones para que el Diablo saliera de la agencia. Esa acción pública del cura era el último grano que faltaba para que la señorita María fuera definitivamente repudiada por las familias bien del pueblo. Ninguna de las señoras volvió a entrar a comprar chocolate, mandaban las sirvientas o se valían de un indio cualquiera para que les hiciera el mandado y parece que algunas señoras preferían encargar el chocolate a Tunja.

Helena, que la acompañaba en la agencia en permanencia hasta que cerraban a la noche, decía que todos eran muy respetuosos con ella y que ella era una grande y amena charladora y que los hombres se divertían mucho cuando ella hablaba. Claro que Helena, que dormía casi todo el tiempo de las visitas, no recuerda nada especial sobre el tema o los temas que se discutían, además que estaba también muy chica para poder juzgar.

Roberto iba solo los días de mercado, pero de preferencia venía a verla a la casa cuando cerraba la agencia, por eso yo no lo volví a ver nunca.

La señorita María se volvió a enfermar, Betzabé decía que era de los disgustos que le había dado el cura; la agencia se cerró de nuevo y el médico venía todos los días. A nosotras no nos dejaban subir.

Una mañana vino Betzabé a buscarnos al patio y nos dijo que la señorita María estaba muy mala y que ella tenía que quedarse todo el tiempo junto a ella, que por esa razón la señorita María había ordenado que nos encerrara con llave en la pieza de los chécheres que era la única que tenía llave.

Nosotras entramos sin protestar, creo que las dos pensamos lo mismo: la época en que vivíamos en la pieza de Bogotá, con la diferencia que la pieza de los chécheres tenía una pequeña ventana por donde entraba la luz y

veíamos un pedacito de cielo. En ese cuarto guardaban también los bultos de papas y de panela. Con gran paciencia rompimos el costal de la panela y cada una nos comimos una panela entera; naturalmente, cuando vino Betzabé a sacarnos, estábamos que nos moríamos de los retorcijones de estómago y ya nos había empezado una diarrea que nos duró varios días.

El médico que venía para ver a la señorita María dijo que nos dieran agua de arroz y agua de cáscara de granada. Cuando ya estábamos mejores, Betzabé nos dijo que la señorita María quería vernos, que subiéramos.

Me acuerdo que subimos y entramos a la pieza a toda carrera.

La señorita María estaba en la cama con su largo pelo suelto, una camisa azul con encajes blancos y en los brazos tenía un niño recién nacido.

Cuando vimos al Niño nos quedamos como paralizadas, Helena me tomó de la mano y me hizo caminar para atrás hasta que dimos contra el muro enfrente a la cama y ahí nos quedamos como hipnotizadas.

—Me lo trajo de regalo el médico —nos dijo con una voz casi infantil—. Acérquense, vengan a verlo.

Nosotras no nos movíamos, Helena seguía apretándome la mano con todas sus fuerzas. El Niño se puso a llorar y nosotras salimos corriendo; sin habernos acercado a la cama bajamos la escalera sin decir ni una palabra. Yo me fui directamente al patio de atrás y me metí entre el horno, Helena hizo lo mismo. No hablábamos, no llorábamos, no jugábamos, estábamos simplemente acurrucadas entre el horno como si esperáramos que la gallina pusiera el huevo pero ese día no había ni gallina ni huevo, había solo la visión de un niño que estaba arriba en los brazos de la señorita María.

Carta número 6

Por varios días la señorita María se quedó encerrada en la pieza con el Niño. No recuerdo cómo ni cuándo volvimos a verlo, solo recuerdo que un día Betzabé se puso a desocupar el cuarto de los trastos, el mismo en que nos habían encerrado la noche que la señorita María estaba enferma. El cuarto estaba, si se puede decir, en el centro de la casa, entre el primer patio y el solar. La señorita María, con el Niño en los brazos, dirigía el trabajo. Hizo lavar el piso, que era de ladrillo, bajaron de la pieza de ella una especie de canasto de paja que servía de cuna para el Niño y como muebles solo dejaron una silla mecedora y una mesa vieja donde pusieron las únicas tres camisitas que tenía el Niño. A la mañana siguiente, cuando Betzabé fue a levantarme y vestirme, me dijo que la señorita María y Helena habían vuelto a la agencia. Fue la primera vez que yo pregunté por el Niño. Betzabé me dijo que estaba en el cuarto de los trastos.

Salté de la cama y fui corriendo a la pieza, entré en punta de pies. La cuna la habían puesto sobre una estera en la mitad del cuarto, me senté en el suelo y empecé a mirarlo despacito y por pedacitos. Las orejitas eran chiquitas, perfectas, la carita muy blanca, la boca de labios gruesos, el pelito era negro, los pies largos y finos, las manos eran chiquiticas, no le pude abrir los dedos, los tenía apretados y húmedos, la boca la tenía entreabierta de un lado y parecía que estuviera riendo. Al rato vino Betzabé con una botella de tetero, lo alzó, se sentó en la silla y se puso a darle el tetero. El Niño abrió los ojos. Se parecían a los de Eduardo, negros, enormes. Yo no me cansaba de mirarlo. Le pregunté a Betzabé cómo se llamaba, dijo que la señorita María había dicho que se llamaría José sin Sal, pues no pensaba bautizarlo. Helena y yo lo llamábamos el Niño.

Mi vida cambió; ni el marrano, ni las gallinas y sus huevos, ni los árboles y sus frutas, nada me volvió a interesar fuera de estar junto a él; si estaba despierto, yo estaba sentada junto, hablando y jugando con él, si dormía me sentaba en la puerta a esperar que se despertara, si lloraba corría, gritando a Betzabé para que viniera con el tetero. La señorita María había prohibido terminantemente que lo sacáramos del cuarto, no quería que los vecinos lo vieran o lo sintieran llorar. Como no tomaba ni aire ni sol, era cada día más blanco transparente, pero crecía y engordaba. Como único vestido le ponían una camisita de bayetilla blanca y una tira larga que le enrollaban en la

cintura, que llamaban fajero y que Betzabé decía que no había que quitársela porque se le salía el alma por el ombligo. Yo le pregunté que qué era el alma y ella me dijo que era todo lo que uno tenía por dentro.

Como no tenía ni pañales, ni calzoncito, hacía caca y pipí sobre la cuna que estaba cubierta con un pedazo de caucho rojo. Betzabé me enseñó a limpiarle con hojas de lengua vaca que cogíamos en el solar, pero a la noche, como yo dormía, regularmente a la mañana lo encontraba untado de caca hasta el pelo.

La señorita María volvió a la vida de antes, es decir que salía a las seis de la mañana para la agencia y volvía tarde a la noche. El único día que veía al Niño era los sábados que Betzabé y yo íbamos al río a lavar la ropa y ella y Helena se quedaban en la casa.

Cuando el Niño empezó a crecer y a moverse mucho, le cambiaron la cuna de paja por uno de los cajones vacíos del chocolate. Eran unos cajones muy profundos y yo ya casi no podía estirar los brazos hasta el fondo para limpiarlo. Cuando Betzabé no me veía, yo me montaba sobre una piedra y me dejaba escurrir entre el cajón, el Niño reía y gritaba de alegría cuando yo me metía en el cajón con él. Igual que el marrano, era mío y nadie se ocupaba de él, yo tenía la impresión que del Niño tampoco se ocupaba nadie y que era solo mío.

A la agencia solo me llevaban cuando había fiestas en la plaza. Un día la señorita María le dijo a Betzabé que a la tarde me vistiera y que fuéramos a la agencia, que iba a haber cohetes y vacas locas. Naturalmente al Niño lo dejamos solo, encerrado en la casa. Cuando llegamos, la plaza, el atrio de la iglesia y los andenes estaban llenos de gente, a mí me alzaron y me pusieron sobre el mostrador de la agencia, los cohetes ya habían empezado y de todos lados se oían cantos y gentes que tocaban triple. De pronto sentimos un ruido terrible, un ruido que no se parecía a nada, la gente empezó a correr en todas direcciones, la mayor parte se refugió en la iglesia, otros entraban a las casas, los chicos se subían a los árboles, la agencia, que quedaba de la parte alta del andén, se llenó de gente, el ruido se aproximaba cada vez más. De pronto vimos aparecer por detrás de la iglesia un monstruo negro terrible que avanzaba hacia el centro de la plaza. Los ojos enormes y abiertos eran de un color amarillento y tenían tanta luz que iluminaban la mitad de la plaza. La gente se tiró al suelo de rodillas y empezaron a rezar y a echarse bendiciones; una mujer que tenía dos niños chiquitos los tiró al suelo y se acostó sobre ellos cubriéndolos como hacen

las gallinas con los huevos. Unos hombres avanzaron hacia la plaza con unos grandes palos en la mano. El animal se detuvo en la mitad de la plaza y cerró los ojos. Era el primer automóvil que llegaba a Guateque.

Chao.

Esta noche llega el primer hombre a la luna. Besos.

EMMA
París/69

Carta número 7

Mi querido Germán:

La llegada del primer automóvil, los cohetes y las vacas locas fueron el comienzo de una semana de fiestas con motivo de la visita del Gobernador de Boyacá.

Las fiestas terminaban el domingo con una gran corrida de toros. Era la primera vez que Helena y yo íbamos a ver una corrida y para la ocasión, la señorita María nos hizo vestidos nuevos en saraza verde con ribetes rojos y arandelitas, a Betzabé le compró un pañolón con flecos de seda y unas alpargatas nuevas.

Almorzamos en la casa, nos vistieron, le dieron el tetero al Niño y cerraron todas las ventanas y puertas. Dejando al Niño completamente solo, nos fuimos todas a la agencia.

La plaza la habían cercado con palos y guaduas para que los toros no se escaparan. En el atrio de la iglesia habían hecho tribunas de madera y una especie de grande trono cubierto con una tela roja que era el sitio para el Gobernador. Las ventanas y balcones de las casas estaban decorados con guirnaldas de flores de papel y la bandera nacional.

La banda de música, venida desde Guatavita, ya estaba instalada en el atrio. Poco a poco los balcones de las casas se llenaron de gentes en las esquinas de la plaza y detrás de las barreras estaban apeñuscados indios venidos de todos los pueblos vecinos.

La señorita María, ayudada por Betzabé, instaló una especie de barrera con los cajones vacíos del chocolate para impedir que la gente fuera a entrar a la agencia; de esa forma las dos puertas quedaron bloqueadas. A nosotras nos instalaron sobre las bancas al interior de la agencia. Como el andén en esa parte era mucho más alto que la plaza, quedamos en una especie de balcón que nos permitía la vista sobre toda la plaza. Empezaron los primeros cohetes y la banda empezó a tocar el guatecano. Todo el mundo gritó y aplaudió a los músicos; los cohetes aumentaron y al otro extremo de la plaza vimos aparecer la comitiva del Gobernador. Adelante venían las hijas de los Montejos, con vestidos blancos largos, coronas de flores en la cabeza y unas alas blancas de papel como las de las gallinas. La señorita María dijo que se llamaban ángeles, que las alas eran para volar al cielo. En la mano traían unas canastas con pétalos de flores que iban regando por el

piso para que el Gobernador viera por dónde debía caminar. Detrás de los ángeles venían las señoras Murillos, las Montejos, las Bohórquez, las hermanas del cura y transportaban un grande estandarte con muchas cintas de colores. En el estandarte estaba pintada la Virgen de Chiquinquirá. Detrás de ella venían unos soldados y de último la grande cabalgata que acompañaba al Gobernador. Estaban los maridos de las señoras que traían el estandarte, el Alcalde, el médico, nuestro amigo Roberto en un caballo negro y, junto a él, el Gobernador en un gran caballo blanco. El señor Cura esperaba la comitiva en el atrio de la iglesia, la banda de Guatavita seguía tocando el guatecano, los hombres se quitaron el sombrero y unos gritaban vivas al partido liberal, otros, vivas al partido conservador.

El Gobernador y la comitiva le dieron la vuelta a la plaza, de los balcones les tiraban claveles y lanzaban vivas al Gobernador. Helena y yo saltábamos de dicha. Cuando la comitiva se acercaba a la agencia, la señorita María corrió y se escondió detrás de una de las puertas, fue en ese momento que Helena y yo vimos que el Gobernador, que estaba junto a Roberto, era el mismo señor que nos había visitado en la pieza de San Cristóbal en Bogotá. Cuando lo vi empecé a gritar...

—Señorita María, venga, venga a mirarlo, es el papá de Eduardo, el papá de Eduardo, el papá de Edu...

Como respuesta solo sentimos unos pellizcos en las piernas que nos hicieron saltar las lágrimas. Yo nunca la había visto tan furiosa, nos agarró del brazo y nos tiró al piso, se quitó una de las botas y empezó a pegarnos por la cabeza, por la cara, por donde caía.

—Lambonas, lambonas, lambonas... —Era la única palabra que se salía de su boca.

Cuando se cansó de darnos con la bota, nos agarró de las trenzas y empezó a darnos golpes contra la pared con la cabeza, la sangre nos escurría por las piernas y los brazos. Betzabé empezó a suplicarle que no nos pegara más. Ella nos empujó detrás del mostrador y nos prohibió movernos. Las dos volvieron a la puerta. La gente seguía gritando vivas al Gobernador, la banda volvía a tocar el guatecano, los cohetes reventaban por todos lados. Cuando los toros empezaron, Betzabé fue a buscarnos y nos llevó a la puerta. La señorita María estaba en la otra puerta hablando con un hombre que le trajo una carta.

El primer toro era como gris y echaba babas de la boca, parecía furiosísimo. El torero era largo y flaco, con unos calzones blancos que le

quedaban corticos, en una mano tenía el sombrero y en la otra un trapo rojo con el que llamaba al toro; los cohetes seguían y la banda comenzaba de nuevo a tocar el guatecano, la señorita María se volteó y nos ordenó volver de nuevo al puesto de castigo detrás del mostrador. La corrida siguió y nosotras nos quedamos dormidas en el piso. Me desperté con unos gritos terribles; sentí que los cajones de la puerta se caían y en un minuto la agencia se llenó de gentes, hombres, mujeres, niños, que huían de un toro que venía detrás de ellos. Un hombre empezó a tomar las libras de chocolate del estante y se las tiraba al toro contra la cabeza. El toro parecía tranquilo, con las dos patas delanteras puestas sobre el mostrador. Finalmente, entre cuatro lo agarraron de la cola y empezaron a tirarlo por atrás. El toro dio dos patadas y salió corriendo detrás de una mujer vestida de rojo. Cuando Betzabé logró sacarnos de detrás del mostrador nos alzó y nos paró sobre un cajón y empezó a señalarnos algo en el fondo de la plaza, toda la gente señalaba y miraba al mismo sitio; al principio solo vi una enorme columna de humo negro, poco a poco empecé a ver las llamas, subían tan alto como las torres de la iglesia, eran bellísimas, todos los rojos, los amarillos, los violetas; las casas y la gente casi no se veían del humo que invadió parte de la plaza, todos corrían y gritaban en todas direcciones.

Los toros también corrían detrás de la gente, tirando por el suelo a chicos y grandes, hombres y mujeres. De las casas salía la gente con baldes, chorotes, tarros y todos se precipitaban a la pila de la plaza para coger agua, otros hombres con lazos y palos trataban de enlazar los toros que seguían sueltos, las campanas de la iglesia empezaron a sonar con desesperación, las llamas seguían subiendo. Una vieja gordísima con dos chorotes, uno en cada cuadril, fue levantada por los cuernos de un toro. Cuando cayó, cayó en el centro de la pila y casi la dejó sin agua. Otros hombres corrían con ramas verdes y sacos de tierra. El pueblo entero estaba en revolución, cada uno trataba de hacer algo para apagar el incendio, el viento soplaba en la dirección del fuego, las llamas saltaban de un rancho al otro, en la agencia solo quedamos nosotras y yo no podía quitar los ojos de las llamas. Apareció uno de los Montejos y le dijo a la señorita María que el incendio había empezado en el Hospital, un cohete que cayó encendido sobre el techo de paja. Los cincuenta enfermos que estaban adentro murieron entre las llamas, el director, que estaba en la corrida, los había dejado encerrados con llave y ninguno pudo salir. Por suerte el incendio era de la parte contraria de nuestra casa, es decir la parte baja de la ciudad. Las llamas

seguían saltando de una calle a la otra, las mujeres se acostaban en el atrio de la iglesia a rezar y dar alaridos, los hombres seguían pasando ramas, que eran casi árboles y tierra. Tres días duró el incendio, toda la parte baja del pueblo quedó en cenizas. Los muertos y heridos, tanto por el incendio como por los atropellos de los toros, pasaron de cien; por muchos días el cielo quedó de un gris casi negro y el olor del incendio había penetrado a todas las casas y a todas las piezas y se sentía en la ropa, en la comida, en el agua. Yo recordaré ese incendio como el espectáculo más bello y extraordinario de mi infancia. Por mucho tiempo, creí que el incendio era parte de las fiestas en honor del señor Gobernador.

París, octubre/69

Carta número 8

Mi querido Germán:

Después de las fiestas y el incendio todo volvió a su ritmo normal. Solo una cosa nueva se produjo en nuestra vida y es que la señorita María tomó la costumbre de pegarnos y, como cuando le pegaba a la una, la otra también lloraba, decidió que no importaba cuál había cometido la falta, ella nos pegaba a las dos.

Un día llegó a la casa de muy mal genio. El Niño estaba llorando porque era la hora de su tetero y ella decidió darle ese día un baño. Cuando estaba todo desnudo, lo alzó muy alto y mirándolo a la cara dijo:

—Este desgraciado se empieza a parecer a Eduardo.

Entonces Helena le dijo que hubiera sido mejor guardar a Eduardo que mandar a hacer otro nuevo; Helena no había terminado la frase, que ya ella la estaba reventando a bofetadas. Antes de que terminara con ella, yo corrí a esconderme en el horno, el único sitio donde ella no podía entrar.

Al día siguiente no fue a la agencia y estuvo todo el día encerrada en la pieza; Betzabé le subió el almuerzo y dijo que no quería comer. Cuando empezaba a estar oscuro nos llamó para que subiéramos a su pieza. Todas las cosas estaban en desorden y en el centro los dos baúles abiertos: había comenzado a empacar la ropa. Nos anunció que volvíamos a Bogotá, nos acusó de ser la causa de todas sus desgracias.

—Sin ustedes mi vida sería otra, nunca hubiera venido a este pueblo miserable. Yo podría estar muy lejos y tener todo en la vida. Pero con ustedes siempre entre los pies, estoy atada como un animal, eso es, atada como una vaca, pero, eso sí, les aseguro que esta situación no puede durar más tiempo, yo les juro y se acordarán de mis palabras que a la primera oportunidad que se me presente las voy a regalar a alguien, no me importa a quién. Y ahora, láguense de aquí que yo no las vea más, porque las voy a reventar a palos.

Nos tomamos de la mano y bajamos la escalera, fuimos derecho a la pieza del Niño, nos sentamos junto al canasto y nos pusimos a llorar. El Niño nos miraba con los ojos grandes abiertos y como si hubiera sentido lo profundo de nuestro dolor, las lágrimas le empezaron a caer a chorros, sin dar ni un grito. Solo hacía pucheritos con la boca y sus ojos eran de una tristeza profunda.

Los preparativos de viaje duraron varios días. Como ella no iba a la agencia, estaba siempre en casa y, por un sí o un no, nos gritaba o nos daba fuerte. Fueron días muy largos y muy tristes.

La víspera del viaje llegó Toribio con los caballos y tres indios más, todos durmieron en el solar esa noche, cantaron y tocaron tiple. Toribio me quería mucho y me trajo de regalo un canastico lleno de ciruelas. Esa noche dormimos todos en una sola pieza sobre unas esteras y el Niño siempre en su canasto. Cuando me despertaron estaba todavía oscuro, Betzabé ya tenía hecho el desayuno y la señorita María estaba bañando al Niño, cosa que no hacía casi nunca, pues la única que le limpiaba la cara y la caca era yo. Helena me ayudó a vestirme mientras Betzabé ponía en un canasto los cuatro chiros que representaban la ropa del Niño. Mientras yo tomaba mi agua de panela con una mogolla, ellas dos envolvieron al Niño en una grande cobija y lo ligaron con una especie de banda blanca. Betzabé bajó para hacerse las trenzas y buscar el pañolón; la señorita María que estaba muy nerviosa empezó a gritarle para que se apurara porque íbamos a llegar tarde.

Betzabé alzó al Niño y el canastico con su ropa, me tomó de la mano y salimos casi corriendo. Cuando salíamos, los caballos estaban relinchando y sentí que Toribio estaba cantando en el solar.

Betzabé me dijo en el camino que íbamos al río, estaba tan oscuro que yo no veía el camino y había tanto viento como el día del incendio. Cuando llegamos al puente, que yo conocía muy bien, en cambio de bajar al pozo donde íbamos siempre a lavar la ropa, ella siguió derecho y luego cruzamos por un pequeño camino que bordeaba el río y que tenía árboles grandes. Al fondo de ese camino vimos una grande casa blanca que no era de paja sino con el techo de tejas. Betzabé me dijo de esperarla junto a un árbol torcido que caía sobre el río. La seguí con los ojos, vi que caminaba como en la punta de los pies, ligero, ligero, como si quisiera volar. Se acercó a la grande puerta y puso primero el canasto y luego el Niño bien arrimado contra la puerta y cuando empezó a cubrirle la cabecita con la cobija me di cuenta que habíamos ido para abandonarlo; quise gritar y no pude, las piernas me temblaban, como un resorte salté en dirección de la puerta. Betzabé me alcanzó a agarrar de una pierna, yo me tiré al suelo y empecé a dar golpes con la cabeza contra la tierra, sentía que me ahogaba, Betzabé se esforzaba por alzarme pero yo me agarraba a las plantas y me contorsionaba como una lombriz. Casi al oído me suplicaba levantarme, no hacer ruido y

correr antes de que alguien se despertara; yo seguía amarrada a las plantas y con la cara pegada a la tierra, creo que en ese momento aprendí de un solo golpe lo que es la injusticia y que un niño de cuatro años puede ya sentir el deseo de no querer vivir más y ambicionar ser devorado por las entrañas de la tierra. Ese día quedará sin duda como el más cruel de mi existencia.

No lloraba, porque las lágrimas no hubieran bastado, no gritaba porque mi sentimiento de revuelta era más fuerte que mi voz. Betzabé, arrodillada junto a mí, me suplicaba de levantarme. El Niño empezó a llorar, yo sentí que su llanto salía del fondo de la tierra, levanté la cabeza y vi que Betzabé tenía la cara bañada en lágrimas. Perdí toda resistencia, le tendí una mano y ella me levantó en sus brazos, empezó a correr como loca; yo sentía que me apretaba fuerte, fuerte contra ella y sus lágrimas me caían por detrás de la oreja y se deslizaban por mi cuello, casi sin respiración; solo se detuvo cuando llegamos al puente; del resto no me acuerdo, solo recuerdo cuando Toribio me alzó para ponerme en la silla de la mula que debía transportarnos a Bogotá. Helena me cuenta que me quedé tres días sin poder hablar. La señorita María tenía miedo que hubiera quedado muda. El viaje de regreso se pasó como a la ida, solo que Betzabé venía con nosotras y, en cambio de Burro, nos llevaron en una mula que caminaba muy rápida. No recuerdo los detalles porque seguramente no me importaba más la vida. El primer viaje había representado el abandono de Eduardo y el segundo el abandono del Niño.

Sumercé, estoy triste porque esta carta no me salió como yo hubiera querido, pero no me siento capaz de repetirla.

Besos para toda la familia y no me olviden.

EMMA

París, octubre/69

Carta número 9

Mi querido Germán:

A Bogotá llegamos a un hotel miserable, que estaba junto a la Estación de la Sabana, teníamos una sola pieza para todas, el techo era de lata y el piso de ladrillo, estaba en el último patio junto al lavadero; no solamente moríamos de frío sino que, además, era tan oscura que durante el día teníamos que encender velas para poder ver. La señora María salía todos los días a la calle y volvía solo a la noche. Para que comiéramos las tres, nos dejaba diez centavos que solo nos alcanzaban para comprar pan y panela. El día lo pasábamos en la pieza o sentadas en el patio cuando había un poco de sol. Betzabé lloraba todo el día, decía que quería volver a Guatemala, tenía verdadero terror de salir a la calle, el pan y la panela se los encargaba a dos viejitas que vivían en el mismo patio que nosotras, pues la tienda quedaba a tres cuadras y ella se aterraba de ir tan lejos en esa ciudad tan grande. En el mismo hotel vivía una mujer que era de Tunja y vivía con un policía, tenía dos niñas mucho más grandes que nosotras, era muy simpática y era la única que nos hablaba un poco. Cuando supo que nosotras solo comíamos pan y panela le dijo a Betzabé que eso era muy malo, que nos iban a dar lombrices y que además era muy poca comida, que ella hacía para ella y sus hijas mazamorra que era de más alimento.

Cuando estaban discutiendo sobre el precio de la mazamorra llegaron las dos viejitas que nos traían el pan y la panela. Yo no sé cómo decidieron que, si nosotras dábamos nuestros diez centavos y las viejitas otros diez, más los diez de la mujer del policía, podríamos hacer una sola mazamorra para todos con carne, con papas y con habas. Había un solo problema, conseguir una olla muy grande, pues, según la mujer del policía, con todo ese dinero podíamos hacer tanta mazamorra que cada una podríamos tomar dos platos, uno al mediodía y calentar el otro para la noche. Betzabé dijo que ella tenía economizados cinco centavos, que ella los daba para comprar la olla, las viejitas dieron cada una un centavo, la mujer del policía dijo que, como era ella la que tenía la cocina, ella no daba para la olla. Detrás de la estación del tren había un mercado en la calle y decidieron que deberían ir todas juntas para saber cuánto valía una grande olla de barro. La olla valía veinte centavos y solo teníamos los cinco de Betzabé y los dos de las viejitas, es decir siete. Betzabé le habló a la señora María y, después de decir que la

íbamos a arruinar, decidió darnos cinco centavos para la olla; a la mañana les dimos la gran noticia, ya teníamos doce. La mujer del policía dijo que bueno, que ella iba a dar los tres que tenía reservados para el jabón. En el primer patio vivía una señora un poco negra con un hijo ya grande que trabajaba en el tren; era el que cargaba el carbón para las máquinas, siempre estaba todo tiznado y a nosotras nos daba miedo mirarlo. La mujer del policía decidió hablar con ellos para ver si querían entrar en la vaca para la mazamorra, ellos aceptaron y el mismo día salieron a comprar la olla. Al día siguiente comimos la primera mazamorra, fue una verdadera fiesta; todos en el patio de atrás colocaron la grande olla entre muchos trapos en el hueco del sifón del patio y todos alrededor cada uno con su plato; había sagradamente un buen pedazo de carne para cada uno y muchas papas y habas y tallos. La mazamorra era hecha con masa. Era la mujer del policía la que hacía el mercado y era ella la que nos servía a todos. Naturalmente todos se volvieron amigos y Betzabé se hizo muy amiga del obrero del carbón. La señora María nunca participó en las mazamorras, regularmente no estaba, pero si estaba se quedaba encerrada en la pieza; tampoco tenía amistad con nadie, solo decía buenos días y seguía derecho, ella decía que eran gentes muy vulgares, pero le parecía bien que nosotras tomáramos mazamorra todos los días.

Ya hacía como un mes que estábamos en esa casa y las mazamorras eran nuestra única diversión, el segundo plato, ese sí sin carne, lo ponían a calentar a las seis de la tarde; desde esa hora el que iba llegando se sentaba en el patio a esperar la llegada de la olla. Cuando aparecía la olla, todos dábamos un grito de alegría. Fue una tarde justamente que apareció el policía marido de doña Inés, como la llamábamos todos. Doña Inés empezaba a servir, estaba agachada con el plato y el cucharón en la mano, todos teníamos los ojos puestos sobre la olla. Fue el pum-pum de los dos disparos que nos hizo levantar los ojos, el policía con un revólver en la mano acababa de darle dos tiros a su mujer, que cayó como una piedra sobre la olla de la mazamorra, la olla se abrió en mil pedazos, todo el mundo corrió, Betzabé nos tiró contra la puerta de la pieza y nos encerramos todas tres con llave al interior. La mujer no se murió, pero nunca más volvimos a tener la mazamorra; volver a reunir el dinero para comprar una nueva olla era absolutamente imposible y de la parte nuestra la señora María nos prohibió todo contacto con las gentes de la casa. A los

pocos días ella nos anunció que le habían dado la agencia de chocolate de un pueblo que se llamaba Fusagasugá.

Una parte del viaje la hicimos en tren, el resto a caballo, pero el camino no se parecía al de Guateque; era mucho más montañoso y hacía mucho frío. Los indios que nos acompañaron bebieron chicha todo el viaje y ya no estaba Toribio para cuidarnos. Llegamos a Fusagasugá con una lluvia terrible y nadie sabía decirnos dónde quedaba la agencia. Cuando la encontramos ya estaba oscuro. La agencia estaba en la casa del teatro, era una casa enorme, el frente de dos pisos. Primero había un grandísimo portón de madera que era la entrada al teatro, luego un local donde vendían los billetes, un gran depósito con puertas también a la calle que siempre estaban cerradas y el último local era la agencia; como la de Guateque, también tenía dos puertas. Al fondo, detrás del estante había una puerta que daba al interior de la casa, a la derecha había la escalera para subir al segundo piso. Las dos primeras piezas, exactamente sobre la agencia, estaban reservadas para nosotras, las seis puertas que seguían sobre el corredor todas estaban cerradas y estaban llenas de aparatos de luz y muebles que pertenecían al teatro y las abrían muy raramente, pues solo dos o tres veces al año pasaba por allí una compañía de teatro o un ballet. Abajo estaba el grande patio con bancas sembradas en la tierra para que el público no las pudiera mover, ese patio era descubierto, si llovía no había función. A la izquierda solo había un grande muro muy alto, a la derecha continuaba la casa; sobre el corredor había otras dos piezas que servían como depósito para las cajas de chocolate. Todas las otras puertas y ventanas estaban cerradas con rejas de fierro. A esa parte de la casa se entraba por una puerta chiquita que también tenía una reja de fierro, ahí solo podían entrar las propietarias de la casa, las señoritas Castañeda, dos hermanas ya viejas que cuidaban al hermano menor que estaba loco, loco furioso. Nosotras nunca entramos pero la vieja sirvienta le decía a Betzabé que al loco lo tenía en el patio amarrado con cadenas, pero como las hermanas lo querían mucho, no lo dejaban llevar al asilo. Las viejitas no salían nunca; yo solo vi un día la cabeza de una. Las únicas personas que entraban y salían eran la sirvienta y un viejo abogado que era el administrador de la casa y del teatro. Al fondo del patio de las bancas estaba el escenario, era una caja enorme hecha con tablas y cubierta con latas de zinc. Atrás del escenario había dos escaleras, una de cada lado, que daban a otro grande patio donde había varias piezas de madera, esas piezas fueron mi paraíso.

Allí había vestidos de todos los colores, largos, cortos, capas, capuchones, coronas, espadas, abanicos, collares, botas, guantes, sombreros, pelucas de todos colores y mil y mil cosas que yo veía por primera vez en mi vida y que ni Betzabé ni Helena sabían cómo se llamaban ni a qué servían. Cuando llegamos había una compañía española que venía todos los días a ensayar. Yo no entendía nada de lo que decían, pero verlos caminar, entrar, salir, correr, hablar, eso me bastaba como diversión y de ellos aprendí a jugar al teatro. Me vestía de mil formas diversas, subía a la escena e inventaba toda clase de historias. Regularmente imaginaba que hablaba con el Niño o con Eduardo, a veces con los dos, con Helena jugábamos a que ella era la señora María y yo Betzabé. Jugábamos a la mazamorra y doña Inés que caía encima de la olla. Un día quisimos jugar al incendio de Guateque, pero llegó Betzabé y nos quitó los fósforos y nos pegó. La señora María decidió mandar a Helena a la escuela de las señoritas Mojica para que le enseñaran a leer, a mí no me quisieron recibir porque era muy chiquita. La cocina quedaba en el mismo patio donde estaban los cuartos de los vestidos. Esa casa me gustaba mucho, sobre todo el teatro; lo único que me prohibían era salir a la calle o ir a la agencia a molestar a la señora María. Solo cuando había fiestas en el teatro nos encerraban en las piezas de arriba. Un día que hubo una gran fiesta, dejaron en el escenario un gran mueble y unos cajones con unos rollos de papel que tenían muchos huequitos, yo empecé a desenrollarlos todos y los extendí sobre las bancas en el patio y jugaba a pasar por debajo, cuando apareció el abogado. Cuando me vio, se cogió la cabeza a dos manos y empezó a dar gritos. La señora María, Betzabé, la vieja sirvienta, todos se precipitaron al patio.

—La ruina, señora María, la ruina, vea usted lo que esa patoja ha hecho con todos los rollos de la pianola.

Todos empezaron a enrollar las tiras. Cuando vi que la señora María empezaba a quitarse una bota, supe que me iba a pegar y corrí hacia la puerta de la calle y salí corriendo. Fui a dar a una grande plaza donde había un mercado; yo miraba para todos lados y no veía a la señora María, así que decidí pasearme por el mercado y una vieja me regaló un mango. En esa plaza estaba la iglesia, vi que en el atrio estaba el cura con muchos niños alrededor, me acerqué, él les estaba preguntando a todos cómo se llamaban:

—Y tú... La pobre es completamente bizca, dime, ¿cómo te llamas?

—Nené.

—¿Nené? Eso no es un nombre.

—Sí, yo soy Nené.

—¿Quién es tu mamá?

—La agencia de chocolate.

Todos se pusieron a reír, pero yo me puse a llorar. El cura le preguntó a los otros si me conocían, ellos dijeron que no, el cura me volvió a preguntar quién era mi mamá.

—La agencia de chocolate.

El cura me tomó de la mano y me llevó a la agencia de chocolate. La señora María le contó la historia de los rollos de la pianola, el cura entró con nosotros al teatro, subió a la escena, abrió el mueble, puso uno de los rollos y empezó a sonar la música. Yo me quedé como paralizada, miraba ese mueble por arriba, por abajo y no veía los músicos, pregunté si los músicos estaban cerrados entre el mueble, todos se rieron, el cura con grande paciencia me explicó que la música salía de los huequitos del papel. Ese buen cura me enseñó el mejor juego de mi infancia. Yo aprendí a manejar esa pianola a la perfección, lo hacía con tanto cuidado que el abogado no me prohibía tocarla. El cura se volvió muy amigo de la señora María, venía con frecuencia a hablar con ella a la agencia y luego entraban a buscarme al teatro y él jugaba conmigo al teatro. Un domingo hicimos un lindo paseo hasta el río, fuimos todos, el cura, la señora María, Betzabé y nosotras, hicimos el almuerzo junto al río y cogimos muchas flores.

Por la mañana era Betzabé quien abría la agencia y esperaba que la señora María bajara para reemplazarla. Un día cuando ella bajó, la agencia estaba cerrada y Betzabé no aparecía por ninguna parte. Preguntamos a todos los vecinos, nadie la había visto, fuimos a su cuarto y vimos que toda su ropa también había desaparecido. Todas tres nos pusimos a llorar. La señora María no abrió la agencia y nos fuimos todas tres a la iglesia para contarle al cura que Betzabé había desaparecido. La señora María lloraba desesperada, el cura le prometió averiguar en el pueblo si alguien la había visto; yo me recuerdo que por muchos días la buscaba entre los vestidos del teatro, debajo de las bancas, entre la pianola, subía a la escena y gritaba:

—Betzabé, venga, no nos deje, Betzabé, estamos muy tristes, vuelva, vuelva, Betzabé. —Mis gritos fueron inútiles, Betzabé no volvió nunca más. Más tarde supimos que la habían visto con unos arrieros que iban por el páramo hacia Bogotá.

París, octubre/69

Carta número 10

Mi querido Germán:

Con la ida de Betzabé nuestra vida cambió completamente. Nuestros juegos en el teatro, mis conciertos de pianola, la escuela de Helena, todo fue abandonado. La señora María decidió que entre las dos teníamos que reemplazar a Betzabé, porque ella tenía que ocuparse de la agencia.

Me enseñaron a barrer y te aseguro que la escoba era más grande que yo (acababa de cumplir cinco años y Helena seis y medio), pelar papas, cargar agua, sacar la basura, la ceniza del fogón, lavar ollas y platos, ayudar a desempacar las cajas de chocolate, lavar pisos. Helena hacía las camas y ayudaba en la agencia los días de mercado. La señora María lavaba la ropa por la noche y preparaba la comida para el día siguiente, así lo único que teníamos que hacer nosotras era prender el fuego y ponerla a calentar. Recuerdo que Helena hacía todo eso subida sobre un cajón porque el fogón de la estufa era más alto que ella.

Una noche me mandaron sola al solar para buscar el balde del agua, yo lloraba del miedo, iba caminando en la punta de los pies y contra las paredes, casi sin respirar, con el oído atento al más mínimo ruido, ya había atravesado el teatro y, cuando estaba pasando las primeras piezas de madera, donde estaban los disfraces, sentí dos manos gigantes que me apretaron de la cintura y me levantaron en el aire. Como cuando abandonamos al Niño, me quedé muda, no me salía ni un ruido de la boca y sentía como una piedra en la garganta que me ahogaba. Al principio tampoco vi nada, sentí que las manos me descendían de nuevo hacia el piso, fue a ese momento que mi cara se encontró frente a frente con la cara del loco; los ojos saltados, una barba negra enorme, la boca abierta, sin un solo diente, me siguió descendiendo dulcemente y vi que su cuerpo estaba completamente desnudo, me acostó muy suavemente sobre el piso y se arrodilló junto a mí y empezó a besarme la cara. Yo sentía que los pelos de su barba me entraban por la boca, la nariz, los ojos, los oídos, trataba de darle puños y patadas, pero sus grandes manos eran más fuertes que mis piernas y mis brazos. A ese momento vi aparecer una luz contra la puerta del solar, eran las dos hermanas con una lámpara que lo estaban buscando. Cuando las vio se levantó como un resorte, yo seguía tendida en el suelo, ellas se iban acercando muy despacito y lo llamaban con una voz muy

dulce, él seguía parado frente a mí, mirándome fijamente. Cuando vio que ya se acercaban, tomó su pipí con las dos manos e hizo pipí encima de mí, rociándome de la cabeza a los pies, como si fuera una planta. Cuando terminó, sin decir ni una palabra se acercó a ellas con una gran sonrisa de alegría.

Una de las viejitas me alzó y me llevó donde la señora María y le dijo que ella no debería dejarnos salir solas en esa casa tan grande y menos de noche, que si ellas no hubieran salido quién sabe lo que me hubiera pasado. Helena se puso a desvestirme y me lavaron toda hasta la cabeza, siempre ayudadas por la viejita que seguía discutiendo con la señora María.

La señora María se aburría mucho en Fusagasugá. Como en los otros sitios no tenía ninguna amiga ni frecuentaba a nadie, allí no tenía, como en Guateque, la corte de hombres que venían a charlar con ella a la agencia; el único que nos visitaba de vez en cuando era el cura dominicano con el que habíamos hecho el paseo. Sin Betzabé la vida se había vuelto muy difícil para todas. Helena un día que estaba prendiendo la plancha de carbón... Mejor dicho la plancha ya estaba prendida y la había puesto destapada en el suelo y se subió sobre el cajón para bajar los fuelles; no sé lo que pasó, el hecho fue que se cayó del cajón y cayó sentada sobre la plancha en brasas. Pobre, ¡qué pena me daba! En toda la mitad de una de sus nalgas le quedó la fotografía completa de la plancha, se le veía la carne viva; recuerdo que corría por todo el teatro dando verdaderos alaridos. Estuvo tan enferma y vomitaba tanto que la señora María no la volvió a dejar hacer nada ni en la casa ni en la agencia. Fue esa época que descubrí que la señora María tenía una gran preferencia por Helena. Todo el tiempo repetía la misma frase, la más linda, la que yo más quiero, hubiera preferido que eso le hubiera pasado a Emma, mi pobre Nenita. Nunca la había visto con tanta ternura, parecía sinceramente angustiada de ver a Helena con esa llaga horrible, día y noche acostada boca abajo, porque no se podía ni poner de espaldas ni sentarse. Yo naturalmente no podía hacer el trabajo de las dos. Una noche que Helena estaba con mucha fiebre, ella se puso a llorar y nos dijo que no podía más, que así era imposible seguir, que iba a escribir a Bogotá y que iba a renunciar a la agencia, que ella era una desgraciada sin un hombre al lado que la ayudara a soportar la vida. De nuevo nos dijo que éramos nosotras la causa de todas sus miserias porque ella sola estaría como una reina.

A los pocos días llegó un señor de Bogotá, enviado por la compañía, que venía a revisar los papeles y a buscar el reemplazo de la señora María en la agencia. Se hizo muy amigo de ella. Era un hombre joven, muy alto, moreno, con lindos ojos verdes. Él era muy cariñoso con nosotras y siempre nos traía caramelos. Fue él quien nos regaló las primeras y únicas muñecas que tuvimos en la vida. Eran de trapo, con pelo negro, motoso, la de Helena estaba vestida de rojo y la mía de rosado, nosotras las adorábamos. El señor Suescún, así se llamaba, ayudó a la señora María a sacar los baúles y empezó el traqueteo de empacar. Ya sabíamos por experiencia que la señora María se ponía de muy mal genio cuando tenía que hacer el equipaje. El señor Suescún nos ayudó mucho, fue el que se ocupó de buscar los indios con los caballos para el viaje de regreso a Bogotá y él dijo que nos acompañaría. La señora María estaba radiante de felicidad.

A ti te parecerá extraño que yo pueda contarte en detalle y con tanta precisión los acontecimientos de esa época tan lejana. Yo pienso como tú, que un niño de cinco años que lleva una vida normal no podría reproducir con esa fidelidad su infancia. Nosotras, tanto Helena como yo, la recordamos como si fuera hoy y la razón no te la puedo explicar. Nada se nos escapaba, ni los gestos, ni las palabras, ni los ruidos, ni los colores, todo era ya claro para nosotras.

Llegó el día del viaje, nos levantaron al amanecer, por una razón que nunca supimos decidieron que a nosotras no nos llevaran a caballo sino a lomo de hombre. Compraron dos sillas de mimbre, les hicieron un toldo y amarraron cada silla a la espalda de un indio, luego nos alzaron y nos sentaron encima.

La señora María y el señor Suescún partieron adelante, detrás de ellos iban dos indios con las mulas del equipaje y, de últimos, los dos indios que nos llevaban. A los indios les dieron un canasto donde había comida para nosotras. Los dos indios estaban borrachos, cada uno llevaba un grande calabazo lleno de chicha; el que cargaba a Helena, que tenía la cara llena de viruelas, tenía diarrea y cada rato se quitaba el pantalón y se sentaba a ensuciar haciendo unos ruidos espantosos; el mío se paraba junto, muerto de risa, diciéndole:

—Beba más chicha compadre, solo la chicha es güena pa' las churrias.

La señora María y el señor Suescún seguían adelante y al llegar al páramo ya no los vimos más; los indios seguían tranquilos, contando cuentos que nosotras no entendíamos; el de la diarrea cada vez iba peor; de

pronto se sentó en una piedra y dijo que no seguía más; el otro, el mío, le dijo que si no nos apurábamos íbamos a perder el tren, que la señora María había dicho que nos esperaba en la estación. Nos dieron un pan y un plátano a cada uno, ellos siguieron tomando chicha y se detuvieron en un rancho para que les llenaran los calabazos que ya estaban vacíos. En ese rancho se demoraron mucho tiempo hablando con otros indios. Cuando salieron ya no caminaban, iban en zigzag de los borrachos que estaban; entonces se pusieron a pelear. Uno sacó un cuchillo y el de la diarrea le dijo:

—No te puedo matar porque tengo que cagar.

Se bajó el pantalón y se acurrucó; el otro guardó el cuchillo y se puso a cantar. Ya estaba oscureciendo, Helena empezó a llorar y se puso a llamar a la señora María a gritos, yo empecé a gritar al tiempo con ella, hasta que nos cansamos y nos dormimos. Nos despertamos cuando los indios nos estaban descargando en la estación del tren. Es curioso que ninguna de las dos se acuerda del nombre del pueblo donde se tomaba el tren. Recordamos la estación, el hotel y la iglesia, pero ninguna calle. Cuando llegamos, el tren ya se había ido hacía mucho tiempo y la señora María y el señor Suescún también se habían ido sin esperarnos. Los indios le preguntaron al hombre de la estación y a otras personas si no habían visto a una señora joven de vestido y sombrero gris acompañada de un cachaco de Bogotá. Todos los habían visto tomar el tren; poco a poco la gente empezó a rodearnos. Helena y yo nos miramos, las dos pensamos lo mismo; a las dos nos saltaron las lágrimas al mismo tiempo, a las dos nos salió de la boca una sola frase:

—Nos abandonó, nos abandonó.

Nuestras manos y nuestras cabezas se juntaron y nuestro llanto se volvió mudo. La gente en torno nuestro seguía aumentando, cada uno nos preguntaba lo mismo:

—¿Tú cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Para dónde van?

Nada nos interesaba, a nadie respondíamos, los veíamos sin verlos, los oíamos sin oírlos, solo ella y yo sabíamos lo que era en ese momento nuestra vida. Alguien fue a llamar al cura de la iglesia. Gordo, barrigón, con

la nariz como una bola y roja, llegó y se sentó en cuclillas junto a nosotras, empezó a darnos palmaditas en las mejillas y nos preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Adónde iban?

Nosotras seguíamos mudas. Los indios que nos habían llevado desaparecieron, nadie los volvió a ver, la gente se fue alejando poco a poco hasta que quedamos solas con el cura y un soldado, o policía, nos tomaron de la mano y nos llevaron al hotel. La dueña era muy seria, toda vestida de carmelito con el pelo blanco cogido atrás por un moño. El soldado se quedó con nosotras en el patio y el cura se retiró a hablar con la dueña: Helena entendió que el cura le decía:

—Guárdelas aquí, es seguro que en el tren de mañana va a volver la mamá a recogerlas, yo vendré mañana después de la misa.

El comedor del hotel tenía puertas de vidrios que daban todas a la calle. Cuando nos hicieron sentar en una mesa, vimos que de nuevo la gente estaba apeñuscada contra las puertas, algunos tenían las caras aplastadas contra los vidrios para podernos ver más de cerca, todos discutían y nos señalaban.

La señora nos hizo servir la comida y se sentó en medio de las dos y nos cortó la carne y las papas en pedacitos chiquitos, pero ninguna de las dos quisimos comer; algunas personas que estaban en el comedor se acercaron a la mesa y nos rogaban de comer al tiempo que nos preguntaban:

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Adónde iban?

Nos llevaron a una pieza donde había dos camas y nos acostaron a cada una en una. Cuando la señora salió y cerró la puerta con llave, Helena se bajó de su cama y se acostó en la mía, nos abrazamos fuertemente y nos quedamos dormidas.

El cura y el soldado volvieron a la mañana siguiente, cuando la señora del hotel nos estaba peinando, nosotras seguíamos sin hablar. Nos llevaron a la estación, sentimos el pito del tren y lo vimos entrar en la estación.

Cuando la gente empezó a descender, el soldado alzó a Helena y el cura a mí y teniéndonos muy alto nos mostraban a toda la gente que pasaba. La gente terminó de bajar y se fueron alejando. Desconsoladas nos pusieron de nuevo en el suelo y nos llevaron al hotel, donde pasamos el día metidas entre la cama... Creo que dormimos, porque ninguna de las dos hablaba. A la tarde que llegaba otro tren volvieron el cura y el soldado y se repitió la misma escena en la estación. Nosotras ya sabíamos que ella no volvería a buscarnos. Así pasaron tres días, los tres días a la mañana y a la tarde se repetía la misma escena en la estación del tren. El cura parecía preocupado y discutía con el soldado y la señora del hotel. Al cuarto día ya no nos llevaron a la estación, el cura vino con dos monjas vestidas de negro y blanco, una era vieja de anteojos y la otra muy joven y muy alegre, nos alzaba, nos besaba, nos acariciaba la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Para dónde iban?

Nos llevaron a un convento que quedaba en el campo, entramos a un grande patio con muchas flores donde había una estatua de un cura. Apenas llegamos empezaron a aparecer cantidades de monjas que salían de todas partes y empezaban a rodearnos:

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo se llama tu mamá?

—¿Cómo se llama tu papá?

—¿De dónde vienen?

—¿Para dónde iban?

Estas preguntas se repetían en todos los tonos de voz, fuertes, menos fuertes, agudas, chillonas, autoritarias, cariñosas. De pronto el silencio fue total, en torno nuestro solo veíamos un muro negro de las faldas de las monjas apeñuscadas las unas contra las otras. De pronto sentí la voz de Helena que me pareció fortísima y decía:

—Yo me llamo Helena Reyes y mi hermanita se llama Emma Reyes.

Me tomó de la mano y, empujando con la cabeza las faldas de las monjas, me llevó hacia el fondo del jardín donde había una jaula con muchos pajaritos. Las monjas se habían quedado como petrificadas, solo nos

seguían con los ojos, cuando estuvimos junto a la jaula, lejos de las monjas, Helena me dijo:

—Si tú hablas de la señora María yo te pego.

Y ese silencio duró veinte años, ni en público ni en privado volvimos nunca a pronunciar su nombre ni a hablar de los años pasados con ella, ni de Guateque, ni de Eduardo, ni del Niño, ni de Betzabé. Nuestra vida empezaba en el convento y ninguna de las dos traicionó jamás ese secreto.

Mil recuerdos y besos. Escriban.

EMMA

París, noviembre de 1969

Carta número 11

Mi querido Germán:

En ese convento no había niñas, era un convento donde hacían monjas; las había muy jóvenes pero eran todas novicias y a nosotras no nos permitían estar con ellas. Solo teníamos derecho a estar en el primer patio, que era el de la portería y donde estaban las salas de las visitas. Junto a la puerta de entrada había dos piezas, una en que dormía la portera que era muy viejita y caminaba con los pies hacia fuera y hablaba sola todo el día, en la segunda, donde había muebles y paquetes, nos arreglaron una cama para las dos porque Helena no quiso que yo durmiera sola. En la pieza de la portera había una grande mesa y ahí nos traían la comida al mismo tiempo que a ella.

Por las mañanas jugábamos solas y ayudábamos a la viejita a rociar las matas; era un patio enorme con muchas flores y grandes árboles, más la jaula de los pajaritos; hablábamos por horas con ellos. A la tarde venía la monja joven que fue a recogernos al hotel y que nosotras llamábamos nuestra amiga. A veces venían grupos de novicias que se paraban en la puerta del segundo patio, nos miraban y nos hacían risitas pero no podían hablar con nosotras. Lo primero que nos enseñó la monja joven fue a jugar a las cruces, que ella llamaba persignarse. Nos enseñó que cada dedo tiene un nombre, pero solo los de las manos, los de los pies, como el Niño, no tienen nombre; para jugar a persignarnos había que cerrar toda la mano y dejar levantado el dedo que se llama Pulgar. Con Pulgar teníamos que hacer tres cruces como si fueran dos palitos cruzados el uno sobre el otro, la primera cruz se hace en la frente, la segunda en la boca, con la boca cerrada, y la tercera en el centro del pecho; luego había que abrir rápidamente todos los dedos y con la mano bien estirada hacer una sola grande cruz con la punta de todos los dedos, primero en el centro de la frente, en el centro del pecho, en el hombro del lado izquierdo, luego en el hombro derecho y terminar dándole un beso chiquito en la uña a Pulgar, siempre con la boca cerrada. Ese juego me divertía mucho, porque siempre me equivocaba y se me enredaban todas las cruces, a veces comenzaba en el pecho y terminaba en la frente o empezaba en la boca y, en cambio de besar a Pulgar, besaba al meñique, porque me daba lástima que era tan

chiquitico. La monja se ponía furiosa y me hacía volver a comenzar mil veces.

Otro día nos contó la historia de un niño que se llamaba Jesús, la mamá de ese niño también se llamaba María, eran muy pobres y habían viajado en burro, como nosotras cuando fuimos a Guateque. Pero ese niño Jesús tenía tres papás, uno que vivía con su mamá, que se llamaba José y que era carpintero; el otro papá era viejo con barbas y vivía en el cielo entre las nubes y ese papá sí era muy rico. La monja nos dijo que él era el dueño de todo el mundo, de todos los pajaritos, de todos los árboles, de todos los ríos, de todas las flores, de las montañas, de las estrellas, todo era de él. El tercer papá se llamaba Espíritu Santo y no era un hombre sino una paloma que volaba todo el tiempo. Pero como la mamá vivía solo con el papá pobre, no tenían ni casa en qué vivir y cuando nació el niño Jesús tuvo que ir a nacer a la casa de un burro y de una vaca. Pero el papá viejo, rico, que vivía en el cielo, mandó una estrella donde unos amigos de él, que también eran muy ricos y que se llamaban Reyes como nosotras, esos señores vinieron a visitar al niño Jesús a la casa de la vaca y el burro y le trajeron tantos regalos y oro y joyas y entonces ya no fue más pobre sino rico. Yo le pedí que nos llevara a donde estaba ese niño; dijo que el Niño ya no estaba en la tierra, que se había ido a vivir con su papá rico que estaba entre las nubes, pero que si éramos buenas y obedientes lo veríamos en el cielo.

Nosotras pasábamos horas mirando al cielo para ver si lo veíamos. Helena me dijo un día que si pudiéramos subirnos a un árbol de los más grandes ella estaba segura que lo íbamos a ver, que no lo veíamos porque éramos muy chiquitas. Esperamos que la vieja portera se durmiera después del almuerzo y nos subimos al árbol. Cuando las monjas vinieron, estábamos agarradas a las últimas ramas y era tan alto que no oíamos lo que nos decían y no podíamos más bajar. Las monjas corrían en todas direcciones y nos hacían señas de esperar; trajeron unas escaleras que las amarraron juntas, llamaron a un hombre que estaba vestido de militar, que subió y nos bajó. La vieja que llamaban madre superiora nos pegó por la cabeza y las piernas, pero cuando le dijimos que habíamos subido al árbol para ver si veíamos al niño Jesús en el cielo todas se pusieron a reír y se lanzaron sobre nosotras y nos llenaron de besos la cara, la cabeza, las manos. La vieja portera lloraba y decía:

—Son dos angelitos, dos angelitos...

En ese convento estuvimos muy pocos días. Una mañana vino una monja nueva cuando nos estábamos levantando y nos tomó las medidas con unos pedazos de tela gris muy gruesa y nos hicieron dos vestidos muy feos; eran largos como los de las novicias, con cuello alto, mangas largas y muchos preses, eran tan raros que yo no conocía más a Helena y Helena no me conocía más a mí. También nos compraron alpargatas y esas sí eran lindas. Nos peinaron para atrás con trenzas tan tirantes que casi no podía cerrar los ojos. La madre superiora trajo unos trapitos blancos pegados a un cordón carmelita que llamaban escapularios, nos los puso por la cabeza y dijo que nunca nos los debíamos quitar, que era para que la gente supiera que éramos hijas de la Virgen María y de Dios. Cuando las monjas se fueron, yo le pregunté a Helena quién le había dicho a la superiora que éramos hijas de la señora María y del señor Dios. Helena no contestó nada y me dio una palmada en la boca.

Al rato salieron de nuevo todas las monjas, una traía un canasto cubierto con un paño blanco. Una a una empezaron a besarnos y nos hacían cruces en el aire con las manos abiertas. Nuestra amiga y la superiora nos tomaron de la mano, la joven tomó el canasto y salimos del convento. Apenas estuvimos en la calle, empezamos a llorar. Fuimos directamente donde el cura que ya conocíamos; la superiora habló con él, paseándose en el jardín, cuando pitó el tren nos tomaron de la mano y salimos todos corriendo a la estación. Cuando vimos el tren, empezamos a dar verdaderos alaridos y decíamos:

—¡No! ¡No! ¡No!

Pero no sabíamos a qué le decíamos no. Yo me agarré a las piernas del cura y no quería subir al tren, finalmente nos obligaron a subir; cuando vimos que las monjas también viajaban con nosotras nos tranquilizamos un poco. Nos dijeron que le besáramos la mano al señor Cura y el tren partió. Nadie habló durante el viaje; Helena y yo nos apretábamos bien la una contra la otra, yo veía en su cara una angustia terrible, los ojos se le habían agrandado, abría la boca para respirar como si le faltara el aire. La superiora miró el reloj y le dijo a la joven que era la hora de comer, destaparon el canasto; había huevos duros, papas, pedazos de gallina, nosotras solo nos comimos un plátano. Cuando llegamos a Bogotá, tomamos un coche de caballo como el que habíamos tomado con la señora María cuando salimos de la pieza de San Cristóbal. En el coche empezamos a llorar de nuevo, tal vez las dos pensábamos en ella.

El coche se detuvo en una calle angosta, enfrente a una grande puerta que estaba cerrada; por un huequito salía un pedazo de alambre, la superiora tiró la punta del alambre y oímos sonar una campana. Sentimos ruido de cadenas, llaves, palos, aldabas y finalmente se abrió la puerta.

—Buenos días, hermanitas, la superiora las está esperando; pasen, pasen, por aquí.

Yo no veía nada, todo era de una oscuridad de miedo.

Alta, pálida, casi transparente, manos muy largas, de una dulzura y una bondad extraordinarias, la madre Dolores Castañeda se inclinó y nos preguntó el nombre y el nombre del papá y el nombre de la mamá.

—No sabemos.

—Helenita, usted que es tan bonita y que ya es una niña grandecita, dígame, cuénteme, ¿cómo es tu mamá? ¿Tú te acuerdas cómo se llama...? ¿Y tu papá...?

Las dos nos pusimos a llorar.

—Díganos, madre, ¿ustedes no han logrado saber quiénes fueron los hombres que las abandonaron?

—No.

—¿Ni de dónde venían?

—No. Madre, el señor Cura ha ido a todos los mercados a hablar con los indios, en la misa de los domingos ha pedido a los fieles que si alguien sabe algo se lo comuniquen, pero hasta ahora no hemos podido saber nada. Si las niñas se recordaran de algo, podrían ayudarnos, pero como usted ve, cada vez que uno les pregunta o se ponen a llorar como ahora o se enmudecen. Yo le prometo, madre, que tanto nosotras como el señor Cura seguiremos averiguando y si algo descubrimos se lo comunicaremos inmediatamente.

La madre Dolores Castañeda parecía muy preocupada.

—Madre, sí, yo insisto y le suplico de no agotar esfuerzo, no es exactamente porque nos interese encontrar o saber quiénes son los padres de estas criaturas, lo que a mí me preocupa es no poder saber si han estado bautizadas o no. Si son hijas legítimas o si son hijas del pecado. Ustedes se imaginan que bajo el techo de esta santa casa no podemos tener dos niñas que estén en pecado, nosotras tenemos la obligación ante Dios de salvar sus almas. Yo tendré que consultar con el Obispo lo que se puede hacer.

Si te puedo repetir con tanta precisión esta conversación es porque la misma, sin cambiar de gravedad, nos la sentimos repetir por años; de vez en cuando volvían a mover el problema, o porque teníamos la visita del Obispo

o de la superiora general que venía de Roma, o porque llegaba la Semana Santa o la Navidad. Cada vez que venía alguien importante de la Iglesia, nos sacaban a la sala y nos sometían a las mismas preguntas, con los mismos argumentos: Tenemos que salvar sus almas. Las dos superiores siguieron discutiendo sobre la importancia de salvar nuestras almas. Cuando sonó una campana, nos dijo de besar las manos de la superiora y saludarlas. La vieja y la joven nos hicieron cruces, las dos agacharon la cabeza y salieron sin decir nada. Sentimos de nuevo el ruido de las llaves y de las cadenas; cuando la puerta se abrió entró un rayo de sol en el salón, en el piso se veía la sombra de las dos monjas que se alejaban. La puerta se cerró detrás de ellas y a nosotras nos separó del mundo por casi quince años.

Un abrazote para todos.

EMMA

París, enero de 1970